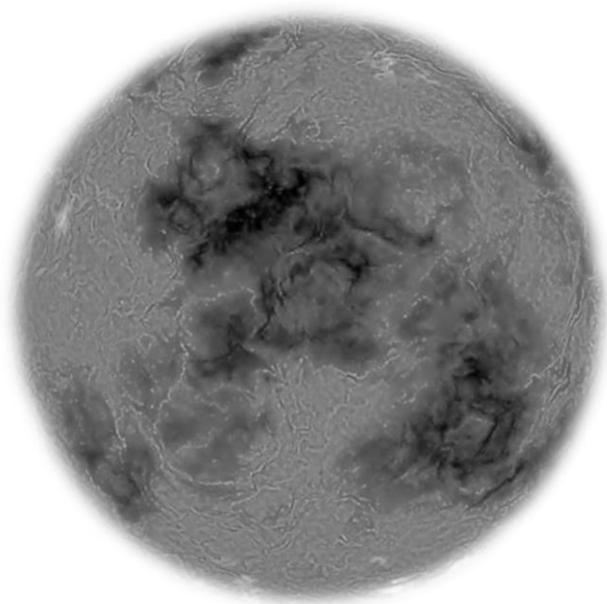


EL SOL DE JUSTICIA



Oswaldo Rebolleda

EL SOL DE JUSTICIA



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Este libro fue escrito íntegramente en **Estados Unidos**

Ministerio: **Kingdom Center**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno:	
Dios es el Señor de la historia	10
Capítulo dos:	
El Reino de Dios en la tierra	27
Capítulo tres:	
El Sol de Justicia siempre está	44
Capítulo cuatro:	
Entre lo imperfecto y lo perfecto	58
Capítulo cinco:	
Las señales de los tiempos	72
Capítulo seis:	
El Reloj de Dios	85

Capítulo siete:

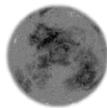
La apostasía y el anticristo.....102

Capítulo ocho:

Las buenas nuevas y el día del Señor.....116

Reconocimientos.....130

Sobre el autor.....132



INTRODUCCIÓN

“El Señor es sol y escudo; Dios nos concede honor y gloria, a los que se conducen sin tacha. Señor Todopoderoso, ¡dichosos los que en ti confían!”

Salmo 84:11 y 12 NVI

En este libro propongo adentrarnos en el importantísimo tema de las señales del fin y de los últimos tiempos, es decir, los tiempos previos a la venida del Señor. Deseo que podamos apreciar el misterio que encierra la figura de Dios como nuestro “Sol de Justicia”. Por un lado, debemos tener la inquebrantable conciencia de que nuestro Señor no solo es más poderoso que el sol, sino que Él mismo fue quien lo creó. Y no solo eso, sino que, hasta donde los científicos han logrado descubrir, es el creador de al menos unos doscientos mil millones de estrellas semejantes.

A pesar de nuestras limitaciones intelectuales, nos resulta útil tomar ejemplos prácticos que nos ayuden a dimensionar lo que deseamos aprender. Consideremos que Dios mismo utiliza este principio, al compararse con algunos objetos o seres que Él mismo creó.

Él conoce nuestra incapacidad para comprender Su personalidad, Su poder y Su grandeza. Ya en tiempos

bíblicos, el rey David reconoció que *“su grandeza es inescrutable”* (**Salmo 145:3**). Incluso, tras ser confrontado duramente por el Señor, el mismo Job exclamó: *“¡Miren! Estos son los bordes de sus caminos, ¡y qué susurro de un asunto se ha oído acerca de él! Pero de su poderoso trueno, ¿quién puede mostrar entendimiento?”* (**Job 26:14**).

Aunque es verdad que no podemos conocer a Dios tan profundamente con simples ejemplos, la Biblia utiliza diversas figuras retóricas para ayudarnos a captar hasta cierto grado sus maravillosas cualidades. Por un lado, se nos presenta a Dios como un Rey, como un Legislador, como un Juez, como un Guerrero o simplemente como el Padre. Esto implica que es alguien digno de respeto y temor, pero a la vez, sabemos que Dios es mucho más que todas esas limitadas expresiones.

Por otra parte, la Biblia nos enseña que Dios es el Buen Pastor, el Consejero, el Maestro, el Sanador y el Salvador (**Salmo 23:1; 32:8; Isaías 9:6**). Todas estas formas de referirse a Dios evocan en nosotros tiernas imágenes que destacan muchas de sus cualidades, pero al mismo tiempo, sabemos que esas expresiones también son muy limitadas y solo son capaces de describir pequeñas porciones de Su ser.

Incluso, la Biblia lo compara con cosas inanimadas, como una Roca, un Castillo, un Escudo, una Fortaleza o una Torre (**Salmo 18:2**). También encontramos la figura de animales como el león, el búfalo, el águila, el oso o incluso la gallina (**Oseas 11:10; Deuteronomio 32:11; Lucas**

13:34). Es claro que Dios se manifiesta a través de Su creación, pero lógicamente, esos destellos de Sus virtudes de ninguna manera alcanzan para expresarlo en su totalidad.

El libro de los Salmos, en particular, está lleno de metáforas y símiles que describen las diversas facetas de la personalidad de Dios. En el **Salmo 84:11**, que cité al principio, se habla de Dios como un **“Sol”** y un **“Escudo”** porque proporciona luz, vida y energía, a la vez que puede otorgarnos protección. Sin embargo, el concepto de **“Sol de Justicia”** utilizado en **Malaquías 4:2** nos abrirá un panorama tremendo para la comprensión de Dios y de Sus obras pasadas, presentes y futuras.

En contraste con el **Salmo 121:5**, que describe a Dios como una sombra que suministra protección contra el sol abrasador o como el que brinda protección a sus siervos bajo la sombra de Su mano o de sus alas (**Isaías 51:16; Salmo 17:8**), Malaquías lo presenta como el mismo Sol que ardentemente se prepara para impartir **“Justicia”**.

Conocemos al Sol como una estrella de más de cuatro mil millones de años que se ubica en el centro del sistema solar y alrededor del cual giran ocho planetas, entre los cuales está la Tierra. Sin la energía que proviene del Sol, sin su calor y sin la luz que nos brinda, la vida tal como la conocemos no sería posible.

El sol es una estrella de tamaño promedio respecto de las demás estrellas, aunque a nosotros nos impacta porque es

cien veces más grande que el planeta Tierra. El diseño de nuestro sistema solar y la ubicación estratégica de la Tierra es verdaderamente gloriosa, ya que nos permite recibir del Sol la temperatura justa para el desarrollo de la vida animal, vegetal y humana. Las aguas de los mares pueden realizar sus movimientos y la atmósfera puede sostener la gravedad y el oxígeno necesario para la vida.

Su perfecta ubicación permite también que, a medida que la Tierra gira sobre sí misma y alrededor del Sol, se produzcan las noches, los días y las estaciones del año. Esto, a su vez, produce diferentes microclimas que son ideales para la vida, proporcionando cadenas alimenticias y una gran fructificación.

Hoy en día, estamos experimentando una fuerza del Sol que no es nada inofensiva, ya que está provocando daños en la piel de las personas, en los animales y aún en los cultivos. No me refiero al calentamiento global con el que hoy en día el sistema político procura manipular a las masas, sino a la expresión de la naturaleza que nos puede enseñar mucho para vivir en el Reino de Dios.

Sin dudas, al igual que el Sol, Dios puede otorgarnos vida, pero de manera mucho más abundante y verdadera. Asimismo, puede ejercer justicia y juicio a través de Su fuego consumidor. Tenemos mucho que aprender sobre este tema y este libro, sin dudas, es una contribución a dicho aprendizaje.

Las obras de Dios, históricas, presentes y futuras, son dignas de admiración, a la vez que revelan Su gloriosa soberanía. Las tinieblas hacen un gran trabajo impidiendo que las personas puedan ver a Dios a través de Su creación, pero no podrán impedir que, en la segunda venida de Cristo, todos, absolutamente todos, puedan verlo (**Apocalipsis 1:7**).

Los hijos de Dios debemos estar preparados para los eventos por venir, porque el Señor los ha anunciado claramente en Su Palabra. Debemos prepararnos para no ser engañados y para afrontar debidamente las tremendas hostilidades que se producirán en el planeta. En este libro trato de poner luz sobre las señales que revelan los tiempos venideros, y considero la forma en la que debemos asimilar dichos sucesos.

Espero que cada lector pueda encontrar en las páginas de este libro las riquezas necesarias para fundamentar el compromiso de vida demandado por el Señor para los tiempos que se vienen. Dios es nuestro **“Sol de Justicia”**, y desarrollar el conocimiento de ese aspecto divino nos ayudará mucho para vivir una vida de Reino, sabia y responsable.

***Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder.
La gloria, la victoria y la majestad.
Tuyo es todo cuanto hay en el cielo y en la tierra.
Tuyo también es el Reino.
Y tú estás por encima de todo”.***

1 Crónicas 29:11

Capítulo uno

DIOS ES EL SEÑOR DE LA HISTORIA

*“El Señor ha puesto su trono en el cielo,
y su reino domina sobre todo”.*

Salmo 103:19 NVI

Creo que la iglesia de este tiempo no está lo suficientemente preparada para hacer frente a los rápidos cambios que están aconteciendo en la sociedad. Uno de los motivos fundamentales de esto, es que no hemos aprendido a interpretar la historia a la luz de la perspectiva del Reino de Dios. Ciertamente, la responsabilidad de esto no recae en los hermanos, sino en el liderazgo espiritual, que hoy en día debe asumir la responsabilidad de observar atentamente los acontecimientos históricos y la gestión actual, basándose fundamentalmente en los parámetros del Reino de Dios.

Si analizamos el panorama actual y la historia de la humanidad desde una perspectiva natural, no llegaremos a

comprender la intervención de Dios en la historia. Si no logramos un claro entendimiento espiritual de los acontecimientos pasados, tampoco llegaremos a comprender de qué manera actúa Dios en el presente, ni interpretaremos correctamente cómo obrará en el futuro.

Quienes se dicen ateos consideran que la historia es el resultado de acciones que se van produciendo por elección humana y por cuestiones naturales, pero lógicamente no ven a Dios en ningún asunto. Por otro lado, los filósofos griegos, quienes creyeron en muchas deidades, consideraron que la historia es el resultado de ciclos que tienden a repetirse luego de cientos o incluso miles de años, lo cual convierte la historia en algo que no tiene un propósito, o una meta determinada.

El concepto judeocristiano considera la historia como el desarrollo del propósito de Dios, y como un vehículo que se mueve hacia una meta establecida soberanamente. Claramente, los escritores bíblicos no consideraron la historia como el resultado de ciclos ni de casualidades, sino como el cumplimiento de la voluntad de Dios, llevando a cabo Su propósito para con el hombre y para con Su creación.

Sin dudas, Dios es el Señor de la historia, y cada día ha desarrollado y sigue desarrollando Su plan en pos de Su propósito eterno. El reino de las tinieblas se ha rebelado contra Dios y contra Su Reino, por eso trata de frustrar Sus planes. Algunos hombres, influenciados por las tinieblas, han procurado hacer su parte, pero Dios siempre permanece en

control de todo. De hecho, en la Biblia vemos claramente que Dios ha intervenido cada vez que lo ha deseado, y también ha inclinado el corazón de muchos hombres y mujeres para que actúen conforme a Sus diseños.

Si bien es cierto que Dios se revela a sí mismo en la Biblia, que es Su Palabra, no debemos olvidar que Él se reveló primeramente a través de los mismos acontecimientos históricos que luego fueron registrados en la Biblia. Por ejemplo, primero se relacionó con Adán y su descendencia, y luego, por causa de la maldad, se reveló como el Juez que determinó el diluvio universal. Esos fueron hechos muy complejos, y solo después de miles de años se registraron de manera muy resumida por medio de Moisés, pero las Escrituras solo fueron un breve registro de los hechos humanos y el Reino de Dios.

Es decir, la Biblia es tanto la expresión de los hechos como la interpretación inspirada que Dios ha querido revelar de cada suceso. Hay cosas que Dios permitió y hay cosas que Dios generó. Así también, hay silencios y palabras divinas que nos permiten comprender no solo la historia, sino también el presente y el futuro.

Dios se revela a sí mismo, tanto a través de los acontecimientos como de Sus palabras, expresadas para revelar Sus intenciones. Él se apareció a Abraham y le entregó Sus promesas, interviniendo a partir de entonces en los acontecimientos de su descendencia. Luego nosotros llegamos al conocimiento de todo esto porque Él mismo lo

registró soberanamente en las Escrituras, para que pudiéramos comprender Sus movimientos.

Teniendo en cuenta que toda la historia siempre ha estado bajo el control y la dirección de Dios, podemos llegar a la conclusión de que toda la historia es una revelación de Dios mismo. Esto implica que no se puede desasociar a Dios de la historia, porque la historia es parte de Su expresión. Si hoy en día no logramos comprender esto, no vamos a reaccionar correctamente ante los hechos actuales, que, si bien se están produciendo hoy, mañana serán parte de la historia misma.

Entiendo perfectamente que suele ser muy difícil interpretar el obrar divino o incluso los hechos proféticos cuando somos incluidos en ellos. Suelo citar como ejemplo a José, el marido de María, la madre de Jesús, porque él, como varón judío, conocía muy bien las Escrituras. Sabía que el Cristo nacería de una virgen, pero el conflicto lo golpeó cuando fue su prometida quien le dijo que estaba embarazada, y que ese hijo no era de ningún hombre, sino de la obra soberana de Dios. Las palabras proféticas son extraordinarias, pero cuando nos contienen en su cumplimiento, no son fáciles de detectar.

Los fariseos, los maestros, los intérpretes de la Ley y los llamados doctores de la Ley tenían un conocimiento exquisito de las Escrituras. Conocían los registros históricos de la humanidad, de su nación y del accionar de Dios en los tiempos pasados. Tenían una gran cantidad de promesas y

palabras proféticas que anunciaban la llegada del Cristo. Sin embargo, cuando Jesús fue a la sinagoga, leyó las Escrituras y dio a entender que ese era el día del cumplimiento profético, lo apresaron con violencia y lo quisieron matar.

El gran riesgo de la Iglesia actual es contar con todos los registros históricos y todos los anuncios proféticos respecto del fin de los tiempos y la venida del Señor, y aun así no asumir el riesgo de no darnos cuenta de lo que se está cumpliendo ante nuestros ojos. Reitero, cuando la Palabra nos contiene, es muy difícil de asumir, porque estamos acostumbrados a estudiar el pasado y anunciar el futuro, pero no nos damos cuenta de la trascendencia que tiene el presente mismo.

Las Escrituras enseñan que Dios es el Señor de la historia. Los escritores del Antiguo Testamento afirmaban que el Reino de Dios siempre gobernaba, y que por siempre gobernará todas las cosas (**Salmo 103:19**), incluyendo los reinos naturales de todas las naciones (**2 Crónicas 20:6**), y que Dios inclina el corazón de los reyes tal como Él lo desea (**Proverbios 21:1**). Por su parte, los escritores del Nuevo Testamento nos dicen que Dios lleva a cabo todas las cosas según el diseño de Su voluntad (**Efesios 1:11**), y que ha determinado los tiempos establecidos para las naciones de la tierra, y los lugares precisos en que deben acontecer determinadas circunstancias (**Hechos 17:26**).

Que Dios se mantenga en control de la historia y de todos los acontecimientos actuales y futuros no implica que

sea el generador de todas las cosas. Él permite que muchas situaciones acontezcan, pero dentro de esa voluntad permisiva, están siempre presentes los límites de Su soberanía. Si no fuera así, no sería Dios, o simplemente no sería omnisciente, omnipresente y todopoderoso. Él no puede permanecer ajeno ni siquiera al movimiento de una pequeña partícula de Su creación.

Un destacado ejemplo de esto fue la historia de José, el hijo de Jacob. Después de que sus hermanos lo vendieran a unos mercaderes, José padeció la esclavitud, pero con el tiempo, llegó a ser el principal gobernante de Egipto al ser promocionado por el faraón. Esto le permitió ser un verdadero instrumento de preservación, no solo para miles de personas que llegarían a padecer el hambre, sino también para su propia familia.

Sin embargo, lo destacable de todo esto fue la revelación del mismo José, que comprendió el accionar de Dios en sus días, de tal manera que al exponerle a sus hermanos su verdadera identidad, les dijo: ***“Ahora, pues, no os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros”*** (Génesis 45:5).

Esto es genial porque José podría haberse vengado de la maldad de sus hermanos, o al menos, podría haberles exhortado duramente por sus acciones. Sin embargo, no solo no actuó con malicia, sino que comprendió que todo había sido permitido por Dios. De hecho, cuando su padre murió,

el temor se apoderó nuevamente de sus hermanos, pero José volvió a decirles: ***“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo”*** (Génesis 50:20).

Sin dudas, la gran virtud de José no solo fue la resiliencia para enfrentar todas las adversidades, sino también su capacidad para comprender la realidad presente en sus días. En la actualidad, es muy común utilizar la vida de José para alentar a los hermanos ante las situaciones de adversidad, y está bien, no hay problema con eso. Pero lo que también deberíamos preguntarnos es si realmente llegamos a comprender que Dios permite que algunas cosas sucedan, y en algunos casos, directamente las puede generar. Todo depende de una cuestión clave: “Saber si estamos caminando en Su propósito eterno, o no...”

El hecho de que Dios sea el Señor de la historia implica que todo lo que ocurre sirve de una u otra manera a que Él concrete Su propósito. La esclavitud de los hebreos y su gloriosa liberación no fueron el resultado de la casualidad, porque Dios ya se lo había anticipado al patriarca Abraham: ***“Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza”*** (Génesis 15:13 y 14). Es decir, antes de que Isaac naciera, que Jacob naciera y que José naciera, el Señor ya tenía programada la historia para los hijos de sus hijos.

Esto que planteo parece algo absolutamente lógico, y creo que nadie duda de esta realidad, pero me parece que nos hace bien recordarlo, porque hay veces que vivimos como si las situaciones nos pegaran de forma causal, o como si Dios no tuviera control o participación de los hechos adversos. Es fácil reconocerlo cuando las cosas nos van bien, pero ante la adversidad, no sabemos muy bien cómo reaccionar.

El éxodo de los hebreos, los procesos del desierto y la conquista de la tierra estaban programados por el Señor. Tal vez las rebeliones humanas pretenden violentar la voluntad de Dios, pero nunca pueden anularla. De hecho, Satanás lo está intentando desde hace miles de años, pero no solo no ha obtenido resultados, sino que nunca los obtendrá. Lo que el Señor ha determinado, simplemente ocurrirá, y eso debería ser muy alentador para nosotros.

Dado que Dios es el Señor de la historia, esta tiene significado y dirección solo si la analizamos en Él. Quizá no siempre podamos discernir el propósito de Dios en la historia, pero que tal propósito existe debe ser uno de los aspectos cardinales de nuestra fe.

“Y yo endureceré el corazón de Faraón, y multiplicaré en la tierra de Egipto mis señales y mis maravillas. Y Faraón no os oirá; más yo pondré mi mano sobre Egipto, y sacaré mis ejércitos, mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto, con grandes juicios”.

Éxodo 7:3 y 4

Dios determinó la liberación de su pueblo, para lo cual llamó a Moisés y lo envió ante el faraón para anunciar sus plagas. Curiosamente, cada vez que el faraón se disponía a liberar a los hebreos, Dios endurecía su corazón, para terminar castigando a Egipto con nuevas plagas. La pregunta sería: ¿por qué motivo Dios endurecía el corazón del faraón cuando él determinaba la liberación de los hebreos? Bueno, es importante recordar que el faraón no era un hombre bueno o inocente. Él fue un brutal dictador a quien nunca le importó el terrible abuso y la opresión sufrida por los israelitas durante casi cuatrocientos años.

Veamos también que fue decisión del propio faraón endurecer su corazón para impedir que los israelitas se fueran de Egipto. ***“Pero viendo Faraón que le habían dado reposo, endureció su corazón” (Éxodo 8:15). “Más Faraón endureció aún esta vez su corazón” (Éxodo 8:32).*** A medida que las plagas continuaban, Dios le dio al faraón advertencias cada vez más severas sobre el juicio final que vendría, pero el faraón eligió traer más juicio sobre sí mismo y sobre su nación, endureciendo su propio corazón en contra de los mandamientos de Dios.

Faraón y Egipto habían atraído estos juicios sobre ellos mismos con los años de esclavitud y asesinatos en masa. Puesto que el pago del pecado es muerte, y el faraón y Egipto habían pecado terriblemente contra Dios, habría sido justo si Dios hubiera aniquilado a todo Egipto. Por lo tanto, el que Dios endureciera el corazón del faraón no era injusto.

El que Dios trajera plagas adicionales contra Egipto no era injusto. Las plagas, tan terribles como fueron, en realidad demostraban la misericordia de Dios al no destruir completamente a todo Egipto, lo cual hubiera sido un castigo perfectamente justo.

Romanos 9:17 y 18 declara: *“Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece”*. Desde la perspectiva humana, parece incorrecto que Dios endurezca a una persona y luego castigue a la misma persona que Él endureció. Sin embargo, hablando bíblicamente, todos hemos pecado contra Dios (**Romanos 3:23**), y el castigo justo por el pecado es la muerte (**Romanos 6:23**). Por lo tanto, el que Dios endurezca y castigue a una persona no es injusto, de hecho, es algo misericordioso comparado con lo que la persona merece.

El peregrinar del pueblo por el desierto tampoco fue un accidente ni un descuido de Dios para con Israel. Cuando Moisés recordó el Éxodo mientras instruía a las nuevas generaciones, él les dijo: *“Y te acordarás de todo el camino por donde el Señor tu Dios te ha traído por el desierto durante estos cuarenta años, para humillarte, probándote, a fin de saber lo que había en tu corazón...”* (**Deuteronomio 8:2**). Al final, el desierto fue el proceso que produjo luz respecto de lo que había en el corazón de Israel

y cuál era su nivel de compromiso con Dios (**Ezequiel 20:5 al 8**).

En toda la historia de Israel, vemos claramente la mano de Dios, pero nada de lo que ha ocurrido en el mundo, más allá de Israel, ha estado exento de su intervención divina. Tal vez la revelación de Dios ha sido más contundente con la historia de Israel, pero eso fue inevitable, porque Israel fue el pueblo que Él preparó para el nacimiento de Su Hijo. De todas maneras, eso no ha significado la indiferencia de Dios para con la historia de las demás naciones de la tierra.

Cuando el pueblo de Israel tomó posesión de la tierra, se desvió una y otra vez de la perfecta voluntad de Dios. Se inclinaron a los falsos dioses y permitieron que la cultura extranjera los penetrara, haciéndoles actuar con infidelidad hacia Dios. Eso generó que las mismas naciones vecinas los atacaran una y otra vez, causándoles grandes males. Por su parte, Dios permitió esos ataques como corrección para su pueblo y, cuando se arrepentían de verdad, Él les levantaba un juez para que pudieran recuperar la justicia.

Eso no solo ocurrió en la época de los jueces, sino también cuando el reino había pasado por su consolidación y su división, entre las tribus del norte y las tribus del sur. El Señor siempre ha tratado de salvar a su pueblo, pero ellos lo ignoraron muchas veces y pagaron las consecuencias por eso. Sin embargo, a pesar de todo el mal que hacían, el Señor juzgó y purificó a su pueblo, sin permitir que fueran completamente destruidos.

A lo largo de la historia bíblica, Israel estuvo rodeada por cuatro grandes potencias: Egipto, Babilonia, Asiria y Roma. Cada una de estas naciones trató de convertirse en la nación más poderosa del mundo y, en diversos momentos, lo lograron. Cuando el pueblo de Dios caminaba por fe, el Señor los protegía de todas las presiones políticas ejercidas por estas naciones. Pero cuando se apartaban de Dios, Él mismo usaba estas naciones primero para advertirles y, finalmente, para traer juicio sobre ellos.

Durante el año 16 del gobierno del rey Acab en Israel, una serie de gobernantes poderosos ascendieron al trono de Asiria, convirtiéndola en la potencia militar y económica más importante del área. Finalmente, Israel fue hecho vasallo y obligado a pagar tributo a Asiria por su existencia. Los profetas Amós, Oseas e Isaías habían advertido que esto pasaría si los gobernantes y el pueblo no se volvían a Dios de corazón, pero Israel continuó pecando y sin oír a Dios.

El reino del norte no solamente fue culpable de los pecados por los cuales Dios los acusaba, sino también del rechazo al mensaje de los profetas. La nación pudo haber sido salvada si hubiera escuchado, pero no lo hicieron. Las advertencias de Dios y su paciencia habrían traído justicia a la nación, pero finalmente, por su pecado y su rebelión, el juicio cayó sobre ellos a manos de los asirios, quienes lucharon por tres años contra Samaria, la capital del reino del norte, y luego, en el año 722 a.C., Sargón II capturó la ciudad y llevó a los habitantes del reino del norte en cautiverio.

La caída del reino del norte constituyó una gran advertencia para el reino del sur llamado Judá. Por una variedad de razones, incluyendo la intervención de Dios, Judá no cayó bajo Asiria en esa época; sin embargo, con el tiempo, Asiria cayó bajo Babilonia, quien tomó toda su tierra, y fueron estos últimos los encargados de someter al reino de Judá.

El profeta Nahum ya lo había predicho. Nínive, la capital de Asiria y el lugar donde Jonás había predicado, fue destruida por Babilonia en el año 612 a.C. Después, Egipto le arrebató a Babilonia el área oriental del caído imperio asirio, incluyendo el territorio donde se ubicaba la pequeña Judá. Pero Babilonia se impuso. Dios levantó fuertes voces proféticas durante este tiempo, como Isaías, Jeremías, Nahum, Habacuc y Sofonías, pero lamentablemente se repitió una y otra vez la absurda indiferencia.

Ciertamente, hubo algunos brotes de arrepentimiento, pero el reino en general, y sobre todo sus gobernantes, no se arrepintieron completamente. Finalmente, el Señor usó a Babilonia contra Judá, como había usado a los asirios contra Israel. Las profecías de Isaías y Jeremías explicaron claramente las razones del juicio de Dios.

La lucha de Judá contra Babilonia duró unos 20 años. Después, el reino del sur fue llevado cautivo a Babilonia en tres etapas: En el año 605 a.C., el rey Nabucodonosor tomó cautivo al rey Joacim, a los príncipes y a algunos jóvenes

como Daniel y sus compañeros (**2 Crónicas 36:5**). A menudo a este evento se lo llama el primer cautiverio.

En el año 598 a.C., Nabucodonosor tomó cautivos al rey Joaquín y a diez mil ciudadanos principales, llevándolos a Babilonia (**2 Reyes 24:14 al 16**). En esa ocasión, el profeta Ezequiel y la familia de Mardoqueo, de donde surgió la reina Ester, también fueron tomados cautivos. Luego, en el año 586 a.C., Jerusalén y el templo fueron quemados y destruidos. En esa ocasión, la mayoría del remanente fue llevado a Babilonia (**2 Reyes 25:7 al 11**).

El reino del sur tuvo mejor suerte que el del norte. Fue castigado con problemas y el exilio, pero más tarde volvió un remanente y Jerusalén fue reedificada. Sin embargo, la nación nunca volvería a tener la gloria y el poder que llegó a tener durante los gobiernos de David y Salomón. Esto deberá esperar hasta que Jesucristo vuelva a establecer Su Reino glorioso y eterno. Entonces sí, la nación santa unificada, de la cual también tomará parte la Iglesia, será un gobierno global que no tendrá fin (**Apocalipsis 11:15**).

Dios es el Señor de la historia, y desde Adán hasta la segunda venida de Cristo y la plena manifestación de Su gobierno global, Él ha estado participando y llevando adelante Su propósito. La dimensión de Su eternidad le permite la paciencia ante el desarrollo de las acciones. Lo que para nosotros es una historia larguísima, para Dios es una simple pincelada de Su voluntad.

De hecho, hay una historia de la creación universal de la que nada sabemos. Hay millones y millones de galaxias que desconocemos. Nosotros somos un pequeño punto en la magnífica creación de Dios. La Biblia no nos dice todo, ni tiene por qué hacerlo. Algún día comprenderemos mucho más sobre la historia de Dios, porque hoy por hoy, demasiado tenemos con tratar de comprender la historia de la humanidad.

El sol de nuestro sistema no es eterno y los científicos dicen que tiene alrededor de cuatro mil quinientos millones de años, y que se encuentra casi a la mitad de su vida. Para el planeta y para nosotros los seres humanos, su existencia ha sido fundamental para la vida. Sin embargo, imaginemos que la vida del sol es como nada para Dios, ya que Él es Eterno.

A Dios, la Biblia le llama el Sol de Justicia, pero en realidad, Él es una Estrella más grande que todas las estrellas de la creación y no tiene principio ni final. Los científicos dicen que no es posible hacer una estimación exacta de la cantidad de estrellas que hay en el universo.

La Vía Láctea, que es nuestra galaxia, se calcula que puede llegar a tener unos 400.000 millones de estrellas. La galaxia de Andrómeda, que está ubicada a unos 2.5 millones de años luz, se calcula que contiene alrededor de 1 billón de estrellas que son como nuestro sol.

En el universo observable, se estima que hay entre dos y tres billones de galaxias como esas. No se puede realizar una estimación exacta. Sin embargo, algunos que se aventuran a calcular un límite, utilizan la cifra más pesimista de estrellas del universo, estimada en unos 10.000.000.000.000.000.000.000.000 de estrellas como el sol, es decir, unos diez cuatrillones.

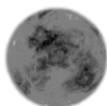
Del mismo modo, si se realiza la estimación más optimista sobre los granos de arena en las playas de la Tierra, se llega aproximadamente a la misma cifra. Aun así, se cree que la cifra puede llegar a ser varias veces mayor. Pregunto: ¿acaso somos capaces de imaginar tal cosa? ¿No es verdaderamente maravilloso nuestro Dios?

La creación solo es un reflejo de la gloria del Señor, y lo que conocemos de ella es absolutamente ínfimo (**Salmo 19:1**). Tal vez por tanta ignorancia, cuestionamos o juzgamos el accionar divino. En realidad, ahora mismo me siento superado por la gracia del Señor, que no solo se ha dignado a salvarnos por medio de la obra gloriosa de Cristo, sino que además nos ha dado la potestad de ser llamados sus hijos (**Juan 1:12**).

No sé el impacto que todo esto puede estar causando en ustedes, pero la verdad es que yo, estoy conmovido e impactado por esta realidad. No tengo más que inclinarme ante la gloria del Señor, mi Padre, mi Amor, mi Sol de Justicia, el único digno de toda alabanza.

“Tuya es, oh Señor, la grandeza y el poder y la gloria y la victoria y la majestad, en verdad, todo lo que hay en los cielos y en la tierra; tuyo es el dominio, oh Señor, y tú te exaltas como soberano sobre todo”.

1 Crónicas 29:11



Capítulo dos

EL REINO DE DIOS EN LA TIERRA

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”.

Marcos 1:14 y 15

En toda la historia de la humanidad, encontramos la rebelión y los desvíos producidos por el pecado. Dios creó al hombre en un estado de perfección, con un propósito extraordinario, pero el pecado extendió sobre la tierra el gobierno de las tinieblas. Desde entonces, *“el Señor vio que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”* (Génesis 6:5).

Desde entonces, solo hemos visto el incremento de esa maldad, la preservación de Israel y las promesas de un nuevo

gobierno universal. Al principio del Nuevo Testamento, tanto Juan el Bautista como Jesús anuncian la llegada de ese nuevo Reino de Dios a la tierra.

Juan el Bautista llegó al desierto de Judea predicando: ***“Arrepentíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado”*** (Mateo 3:2). Juan exhortó a sus oyentes a prepararse para la venida de ese glorioso Reino que sería inaugurado por el Mesías. Juan describía al Mesías como ***“el que viene tras de mí”*** y, aunque se posicionaba en autoridad para señalar a quien ya estaba cercano, aclaraba: ***“Cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era; recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará”*** (Mateo 3:11 al 12).

Cuando llegó ese glorioso día, Juan señaló al Cordero ante toda la multitud. Jesús se acercó lentamente y le pidió que lo bautizara, como hacía con todos los demás, diciéndole que era necesario guardar toda justicia (Mateo 3:15). Después, Jesús se fue al desierto, llevado por el Espíritu, para ser tentado por Satanás (Mateo 4:1).

Unos días más tarde, Jesús comenzó su ministerio público, pero Juan fue encarcelado por Herodes. Esto llevó a Juan a reflexionar sobre el hecho de que, si bien veía a Jesús recogiendo el trigo, no lo veía quemando la paja. Esto lo llevó a dudar, enviando a sus discípulos para que le preguntasen a Jesús: ***“¿Eres tú aquel que había de venir, o esperamos a otro?”*** (Mateo 11:3).

La respuesta de Jesús fue simple, pero hizo mención de las profecías del Antiguo Testamento que se estaban cumpliendo en su ministerio: los ciegos recibían la vista y los cojos comenzaban a andar. Las palabras de Jesús daban a entender que la fase judicial de quemar la paja llegaría en otro tiempo.

El mensaje de Juan fue anunciar la llegada del Reino en la persona de Jesús, y el mensaje de Jesús fue la llegada del Reino, como el cumplimiento del tiempo anunciado (**Lucas 4:21**). Esto marcó una diferencia clara entre ambos, porque Jesús dijo lo que Juan el Bautista nunca había dicho: *“Ciertamente, ha llegado a vosotros el reino de Dios”* (**Mateo 12:28**).

Podemos decir, en consecuencia, que Jesús mismo introdujo el Reino de Dios, cuya venida había sido predicha por los profetas del Antiguo Testamento. Por lo tanto, siempre debemos ver al Reino de Dios, como una realidad relacionada de modo indisoluble con la persona de Jesucristo, ya presente a partir de su primera aparición física.

Como vimos en el capítulo anterior, el Reino siempre ha estado y estará detrás de todo lo que ocurre en la creación. Sin embargo, ahora nos referimos al establecimiento del Reino de Dios en la vida de los hombres, privilegio que había sido perdido por Adán, pero que Cristo, en Su primera venida, obró para recuperar (**Romanos 5:16**).

En las palabras y hechos de Jesús, en sus milagros y parábolas, enseñanzas y predicaciones, vemos que el Reino de Dios estaba dinámicamente activo y presente entre los hombres. Jesús nunca postergó el Reino de Dios. Es lamentable que algunos teólogos pretendan enseñar que el Reino de Dios solo llegará después de la segunda venida del Señor, porque tal cosa es como decir que seremos gobernados recién cuando Él venga nuevamente.

Por otra parte, algunos enseñan que al Reino de Dios solo entramos al morir, lo cual también sugiere que no podemos ser gobernados por Dios en esta vida, sino solo después de morir. Es triste que estas doctrinas teológicas dejen como simple esperanza lo que debemos estar viviendo hoy.

Obviamente, la plenitud del Reino para el mundo será en la venida del Señor, y todo cristiano que parte a Su presencia pasa a mejor vida. Es cierto también que el mundo no está viviendo el Reino de Dios y que solo lo experimentará en Su venida, incluso luego de toda confrontación con las tinieblas. Sin embargo, no debemos ignorar que todos los hijos de Dios ya vivimos en Cristo, por lo tanto, ya vivimos el Reino, porque en Él vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**), y tal cosa no puede ser fuera de la perfecta voluntad del Padre.

Es cierto que la plenitud prometida por el Reino implica un cuerpo nuevo y una tierra nueva, pero hasta que llegue lo perfecto, los hijos de Dios ya estamos bajo el

gobierno de Dios. Lógicamente, luchamos con lo imperfecto, con un cuerpo de muerte y con un alma en proceso de redención, así como contra un sistema minado por una cultura diabólica. Pero eso no implica que el Reino no esté presente en nuestras vidas. De hecho, si no fuera así, la Iglesia sería totalmente inútil para su propósito.

La enseñanza y los milagros de Jesús muestran que el Reino de Dios se estaba manifestando en ese momento. Jesús declaró: *“Mas si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el Reino de Dios”* (Mateo 12:28). Esto significa que el Reino de Dios se estaba realizando a través de la obra y la autoridad de Jesús sobre las fuerzas del mal.

Además, las parábolas de Jesús a menudo describen el Reino de Dios como algo que crece y se desarrolla a partir de pequeños comienzos. Por ejemplo, en la parábola del grano de mostaza, Jesús dice que aunque la semilla es la más pequeña de todas, cuando crece, se convierte en un árbol grande (Mateo 13:31 y 32). Esto simboliza el crecimiento y la expansión del Reino de Dios en el mundo.

Por lo tanto, aunque esperamos la consumación plena del Reino en el futuro, también debemos reconocer y vivir bajo su realidad presente. El Reino de Dios es una realidad dinámica que transforma vidas aquí y ahora. Los creyentes son llamados a vivir según los valores y principios del Reino, siendo luz y sal en un mundo necesitado de la justicia, la paz y el amor de Dios.

La presencia del Reino de Dios en la vida de los creyentes se manifiesta a través del Espíritu Santo, que guía, fortalece y capacita a los hijos de Dios para vivir de acuerdo con Su voluntad. La Iglesia, como el cuerpo de Cristo, es la expresión visible del Reino de Dios en el mundo, encargada de continuar la obra de Jesús, predicando el evangelio, haciendo discípulos y extendiendo el amor y la justicia de Dios a todas las naciones.

En resumen, el Reino de Dios ya está presente en la vida de los creyentes y se manifiesta a través de la obra del Espíritu Santo. Aunque esperamos la plenitud del Reino en la segunda venida de Cristo, estamos llamados a vivir bajo Su gobierno ahora, siendo testigos fieles de Su amor y verdad en el mundo.

“Hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios”.

Hechos 1:2 y 3

Jesús enseñó sobre el Reino de Dios no solo durante Su ministerio terrenal, sino también después de Su resurrección (**Hechos 1:3**). Los apóstoles, después del Pentecostés, también centraron su mensaje en el Reino de Dios. Felipe es descrito como uno que *“anunciaba el evangelio del Reino de Dios y el nombre de Jesucristo”*

(Hechos 8:12). Y lo mismo ocurría con Pablo, quien en el último versículo de Hechos se le describe como *“predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo”* **(Hechos 28:31).**

Ni los profetas, ni Juan el Bautista, ni Jesús, ni los apóstoles dieron una definición clara del Reino de Dios. La expresión de Pablo en **Romanos 14:17**, *“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”*, no es una definición exhaustiva del Reino, sino una enseñanza para quienes trataban de sostener algunas liturgias respecto del Reino.

El modo más lógico de entender el Reino de Dios es que su significado primario está basado en el dominio ejercido por Dios más que en un territorio determinado. El Reino es más grande que la Iglesia, más grande que el mundo y más grande que la creación misma. No puede ser desvinculado de Dios, porque en Su esencia, Él es Señor y Rey. Esto implica que Su gobierno y Su soberanía no están limitados territorialmente.

El Reino de los cielos, predicado por Juan, Jesús y los apóstoles, es en primer lugar una verdad palpable para los hijos de la luz, pero un proceso de carácter dinámico para el planeta en general. La venida del Reino vivida por ellos y continuada por nosotros es la expresión de diferentes etapas que avanzan hacia el gran drama de la historia del fin. El Reino de Dios debe ser entendido como el gobierno de Dios desde siempre y por siempre; fue anunciado durante siglos y

revelado por Jesucristo. El Reino se muestra dinámicamente activo en la historia de la Iglesia, aun en los períodos más oscuros de su historia, porque siempre sobrevivió una pequeña brasa, capaz de encender nuevamente el fuego de su poder.

El propósito del Reino incluye la redención del pueblo de Dios del pecado y de los poderes demoníacos, y el establecimiento final de los nuevos cielos y de la nueva tierra. El mensaje del Reino es considerado como las “*buenas nuevas*” porque anuncia que el gran drama de la humanidad ha sido cancelado y que una nueva era fue introducida a través del Nuevo Hombre.

El Reino no debe entenderse meramente como la salvación de ciertos individuos, aunque momentáneamente solo un número limitado podemos acceder a su revelación. El Reino está impregnado desde siempre y en toda la creación. Lo que pareciera limitarlo es el trato y el entendimiento humano, pero eso solo abarca nuestra realidad, no la verdad eterna.

El mundo entero fue afectado por las influencias de las tinieblas, pero eso no ha disminuido jamás las dimensiones del Reino. De hecho, nada de lo que ha ocurrido en este planeta ha sucedido sin el permiso divino. Las limitaciones de nuestro entendimiento y de nuestra capacidad de expresión respecto del Reino no afectan la verdad de sus dimensiones. Pero lógicamente, desde nuestra limitada

posición, trabajamos para lo que nosotros podemos considerar como su expansión.

El Reino de Dios significa que Dios es Rey, y eso va mucho más allá de lo que podamos ver nosotros. Nada condiciona esa verdad eterna. Solo que Dios, en Su paciencia, ha trabajado históricamente para que la humanidad y toda su creación sean absorbidas nuevamente por la luz y la vida de ese Reino glorioso.

El Reino fue establecido por la gracia soberana de Dios y sus bendiciones deben ser recibidas como dones de dicha gracia. Nuestro deber, como hijos de Dios, no es establecer el Reino en el mundo, sino vivir en él a través del Nuevo Hombre que es Cristo, y simplemente manifestarlo.

El Reino no es la liberación de los pecadores para lograr el ascenso hacia la perfección, sino la muerte de los pecadores en la cruz para que la regeneración nos posicione en Cristo. Entonces, a través de Él, podemos expresar Su perfección, no la nuestra. Los hombres tenemos una naturaleza pecaminosa e ingobernable; por eso la entrada al Reino es por muerte, porque no hay una invitación de Dios para pecadores, sino para santos renacidos.

El Reino de Dios, tal como lo entendemos a través de las enseñanzas y la obra de Jesús, es una realidad espiritual dinámica que se manifiesta en la vida de los creyentes redimidos por la gracia. No se trata de la simple manifestación de pecadores discipulados, sino de la

expresión de Cristo como el Nuevo Hombre. Aquellos que permanecen en Adán, es decir, en su naturaleza pecaminosa, no pueden acceder ni participar del Reino ni de sus promesas.

El Reino de Dios implica redención para los que han sido alcanzados por la gracia divina y juicio para aquellos que lo rechazan. Jesús ilustró esta verdad a través de sus parábolas. En la parábola de las dos casas, el que oye y practica las palabras de Jesús es comparado con un hombre que edificó su casa sobre la roca, mientras que el que no las practica es como el que edificó su casa sobre la arena, sufriendo una gran ruina (**Mateo 7:24 al 27**).

En la parábola de la fiesta de bodas, aquellos que aceptan la invitación se regocijan, mientras que los que la rechazan enfrentan la muerte, y el hombre sin traje de bodas es echado en las tinieblas (**Mateo 22:1 al 14**). De hecho, debido a que la nación de Israel como totalidad rechazó el Reino, Jesús dijo que el Reino de Dios les sería quitado y dado a quienes producirían los frutos del mismo (**Mateo 21:43**).

Dado que todos los seres humanos estaban en oscuridad y muertos en delitos y pecados (**Romanos 3:11; Efesios 2:5**), fue necesario que Dios soberanamente escogiera a algunos para revelarse a ellos y manifestarles el Reino (**1 Corintios 1:27**). Esta elección divina es fundamental para entender la entrada y participación en el Reino de Dios.

Aunque Satanás fue vencido por Jesús (**Hebreos 2:14**), su influencia y dominio continúan presentes en el mundo (**Marcos 8:33**). Sin embargo, el establecimiento del Reino por Jesús trajo consigo la expulsión de demonios y la derrota de las tinieblas, dejando claro que el dominio actual pertenece a Dios. Aunque las tinieblas cubren la tierra, no prevalecerán contra la Iglesia (**Juan 1:5**).

Los creyentes, como la luz del mundo (**Mateo 5:14**), son inmunes al poder del enemigo, quien solo puede operar donde hay oscuridad. Por lo tanto, su limitado poder, nada tiene que hacer contra los hijos de Dios. La expansión del Reino, es la expansión de la Luz, y ojalá la Iglesia comprendiera eso con toda plenitud.

Los milagros realizados por Jesús y continuados en la Iglesia son manifestaciones del poder del Reino. Jesús, al responder a las dudas de Juan el Bautista, mencionó cómo los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres se les anuncia el evangelio (**Mateo 11:4 y 5**). Aunque no todos los enfermos son sanados ni todos los muertos resucitados, los milagros sirven como testimonio del Reino y fortalecen la fe de los creyentes.

Desde la llegada del Reino con Jesús, los milagros no han sido una constante universal, pero siempre deben estar presentes en la Iglesia. Los milagros son señales provisionales que indican la presencia del Reino sin implicar su consumación final. La verdadera señal del Reino es la

gracia derramada a través de la predicación del evangelio, que no solo comunica la verdad, sino que imparte vida a través de las semillas de Dios.

La expansión del Reino es la expansión de la luz. La Iglesia, al vivir y manifestar el Reino, debe comprender que su propósito es más que simplemente discipular pecadores; es vivir en la nueva creación que es Cristo y manifestar Su Reino en la tierra. Las señales, los milagros y las liberaciones son expresiones de este Reino, pero la mayor manifestación es la gracia de Dios revelada en la predicación del evangelio, transformando vidas y extendiendo el dominio de Dios en el mundo.

En resumen, el Reino de Dios es una realidad presente y activa en la vida de los creyentes, manifestada a través de la redención, el juicio, los milagros, y, sobre todo, la predicación del evangelio. Es una verdad eterna que trasciende nuestra comprensión limitada y cuyo propósito es absorber a toda la creación en la luz y vida de Dios.

Cuando Jesús le dijo a los setenta: ***“Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”*** (Lucas 10:20), les estaba recordando la verdadera prioridad en su ministerio. A menudo nos maravillamos por los milagros y las señales que ocurren a través del poder del Espíritu Santo, pero Jesús nos enseña que el mayor motivo de gozo y celebración debe ser la salvación, y la regeneración espiritual que ocurre en los corazones de las personas.

Es fácil enfocarse en lo visible y tangible, como los milagros físicos, pero Jesús nos llama a mirar más allá, hacia la obra invisible y eterna que transforma vidas desde adentro. La predicación del evangelio no es simplemente la transmisión de información, o la exposición de verdades espirituales; es un acto sobrenatural donde el Espíritu Santo obra poderosamente para traer convicción de pecado, arrepentimiento y fe salvadora.

La regeneración espiritual es el milagro más glorioso que podemos presenciar porque implica la restauración del pecador perdido hacia la vida nueva en Cristo. Como Jesús dijo en otra ocasión: ***“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios”*** (Juan 3:3). Este nuevo nacimiento es obra del Espíritu Santo, quien capacita a los creyentes para entender y recibir el evangelio con corazones renovados.

Así que, aunque los milagros físicos son poderosos testimonios del Reino de Dios, la obra de regeneración espiritual es la manifestación suprema de Su poder y gracia. Es el inicio de una transformación interior que perdura más allá de cualquier señal temporal, preparando a los redimidos para la vida eterna en comunión con Dios. Por lo tanto, debemos regocijarnos no solo en los milagros visibles, sino principalmente en la obra invisible y eterna que el Espíritu Santo realiza en cada corazón que recibe a Jesucristo como Señor y Salvador.

“De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque yo voy al Padre”.

Juan 14:12

En el Antiguo Testamento, el perdón de los pecados se alcanzaba a través de los sacrificios prescritos por la ley de Moisés, que simbolizaban la expiación y el perdón de las transgresiones del pueblo ante Dios (**Levítico 4:1 al 35**). Estos sacrificios eran un medio temporal de restauración de la comunión con Dios, pero no podían ofrecer una solución definitiva y completa para el pecado.

Los profetas del Antiguo Testamento, como Isaías y Jeremías, anticiparon la venida de un Mesías que traería un perdón de pecados más profundo y duradero (**Isaías 33:24; Jeremías 31:34**). Cuando Jesús vino, Él no solo predicó sobre el perdón de los pecados, sino que efectivamente lo otorgó a aquellos que venían a Él con fe y arrepentimiento genuino.

Este ministerio de perdón provocó controversia entre los judíos religiosos de su tiempo, quienes cuestionaban su autoridad para perdonar pecados en nombre de Dios (**Lucas 7:49**). Sin embargo, la capacidad de Jesús para perdonar pecados estaba fundamentada en su identidad única como el Hijo de Dios y la manifestación misma de la voluntad y el poder de Dios en la tierra.

Es crucial entender que aunque Jesús perdonaba pecados durante su ministerio terrenal, la justificación plena y definitiva de los pecadores ante Dios solo se logró mediante su obra consumada en la cruz del Calvario. En ese acto supremo de amor y sacrificio, Jesús llevó sobre sí mismo el castigo que merecíamos por nuestros pecados (**Romanos 5:8**), y así abrió el camino para que la justicia de Dios fuera satisfecha y los pecadores fueran reconciliados con Él.

La muerte y resurrección de Jesús no solo aseguraron el perdón de los pecados, sino que también proveyeron la base para nuestra justificación delante de Dios. La justificación es el acto judicial de Dios por el cual declara a los creyentes justos, no a causa de nuestros propios méritos, sino por la fe en Cristo y su obra redentora (**Romanos 3:21 al 26**).

Por lo tanto, el perdón de los pecados otorgado por Jesús durante su ministerio anticipó y preparó el camino para la justificación completa que se obtiene por fe en su muerte y resurrección. Es en este contexto que entendemos que en Cristo somos perdonados y justificados, y en él recibimos la vida eterna y la reconciliación plena con Dios (**Romanos 6:4**).

Cuando Jesucristo murió, nosotros morimos en Él; por lo tanto, todas nuestras faltas pasadas, presentes y futuras fueron sepultadas, borradas y quitadas definitivamente de nuestras vidas. La resurrección nos otorgó una vida nueva en Cristo. Esto no lo tuvieron los creyentes del Antiguo

Testamento ni aquellos que recibieron milagros o aceptaron el perdón de Jesús. El Nuevo Pacto comenzó después de la crucifixión; fue entonces cuando toda la verdad contenida en Jesús se convirtió en gracia otorgada para que pudiéramos vivir una verdadera vida de Reino.

Asimismo, aquellos que han creído durante estos más de dos mil años de historia están en estado de espera, mientras que nosotros, quienes todavía estamos en esta tierra, caminamos con un cuerpo en proceso de muerte, hasta que podamos reunirnos con Él o recibamos lo perfecto en Su segunda y definitiva venida.

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”

1 Corintios 15:53 al 55

El Señor no pasó por alto nuestros pecados, sino que nos juzgó en Jesús. Hoy podemos regocijarnos por haber recibido su justificación y podemos esperar con gozo la vida contenida en la redención absoluta. Hoy tenemos las arras de Su herencia (**Efesios 1:14**), pero llegará el día de recibir la plenitud gloriosa, incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada para todos los que hemos sido alcanzados por Su gracia (**1 Pedro 1:4**).

El Reino de Dios es un Reino de justicia. Lo vemos en Su acción histórica, en la crucifixión de Jesús, en la historia de la Iglesia y lo veremos claramente en la segunda venida del Señor. El sol de justicia nunca se ha apagado; su fuego es abrazador y, así como ilumina, purifica todo lo que toca. Nosotros fuimos tocados por el dolor de Jesucristo, pero el mundo será tocado por su propio dolor. Los tiempos que vendrán serán terribles, pero lo más terrible de todo no vendrá por la manifestación de las tinieblas, sino por el Sol de Justicia que, en la venida del Señor, brillará con todo Su esplendor para causar nuestro regocijo y llenar de espanto a todos sus detractores.

“Dad alaridos, porque el día del Señor está cerca; llega como un golpe del Todopoderoso. Entonces todo el mundo dejará caer los brazos, todos perderán el valor y quedarán aterrados. Les vendrá una angustia y un dolor tan grandes que se retorcerán como mujer de parto. Unos a otros se mirarán asombrados y les arderá la cara de vergüenza. Ya llega el día del Señor, día terrible, de ira y furor ardiente, que convertirá la tierra en desierto y acabará con los pecadores que hay en ella”.

Isaías 13:6 al 9 DHH



Capítulo tres

EL SOL DE JUSTICIA SIEMPRE ESTÁ

*“No penséis que he venido para traer paz para la tierra;
no he venido para traer paz, sino espada”*

Mateo 10:34

El establecimiento del Reino a través de la obra de Jesucristo no significó el fin del conflicto entre el bien y el mal. De hecho, desde los primeros días de la Iglesia, el conflicto entre el Reino de Dios y el reino del mal ha continuado siendo vigoroso. Los ataques de las tinieblas contra la Iglesia han sido constantes y su influencia en el mundo sigue aumentando.

Es evidente que la antítesis entre estos dos reinos se intensifica con la anticipada segunda venida de Cristo. Sin embargo, muchos teólogos consideran el Reino como algo exclusivamente futuro debido a esta operación continua de las tinieblas en el mundo y contra la Iglesia. Personalmente, no comparto esta visión. Como hijos de Dios que

comprendemos lo que significa vivir en Cristo y obedecer al gobierno del Padre, ya estamos experimentando el Reino.

Como mencioné en el capítulo anterior, estamos esperando la manifestación completa y perfecta del Reino de Dios en toda la tierra. Mientras esperamos esto, resistimos al diablo y obedecemos a nuestro Señor.

“Pero si yo expulso a los demonios por el poder del Espíritu de Dios, es que el Reino de Dios ya ha llegado a vosotros”.

Mateo 12:28

Jesús enseñó claramente que el Reino ya estaba presente en su ministerio. El verbo griego utilizado aquí es ***“ephthasen”***, que significa “ha llegado” o “ha venido”, no que está por venir. El hecho de que Jesús echara fuera a los demonios era una clara prueba de que el Reino de Dios había llegado.

Otro pasaje que claramente enseña la presencia del Reino desde los días de Jesús es **Lucas 17:20 y 21**, donde encontramos a los fariseos preguntándole a Jesús cuándo llegaría el Reino de Dios, y Él les respondió: ***“El Reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros”.***

Estas palabras no deben ser forzadas. Lo que Jesús les estaba diciendo es que, en vez de andar buscando señales externas y espectaculares de la presencia de un reino

principalmente político, como ellos pretendían, los fariseos deberían darse cuenta de que el Reino de Dios ya estaba en medio de ellos en Su persona, y que la fe en Él era lo que necesitaban para comprender la verdadera expresión del Reino.

Algunas de las parábolas de Jesús daban a entender claramente que el Reino de Dios ya estaba presente en sus días. Además, en el Sermón del Monte, las bienaventuranzas describen a la clase de gente de los cuales se puede decir que de los tales es el Reino de Dios (**Mateo 5:3 al 12**).

No hay dudas de que las enseñanzas de Jesús y las señales mencionadas anteriormente, como la expulsión de los demonios, la realización de milagros, la predicación del evangelio mencionando el Reino, y el otorgamiento del perdón de los pecados, fueron una clara evidencia de que el Reino estaba presente en el ministerio de Jesús, y no encontramos después ningún motivo para decir que eso fue quitado de la Iglesia, dejando solo promesas para la venida futura.

Es claro que ante todo esto vemos en el Reino una expresión presente que no se ha cortado, y un sentido futuro que promete su plena manifestación global, lo cual traerá no solo un gran bienestar para nosotros, sino también un tremendo juicio para el reino de las tinieblas y para todos aquellos que han operado bajo su dominio sin volverse a Dios o sin reconocer Su señorío. Jesús enseñó:

“Y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; más los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes”

Mateo 8:11 y 12

La parábola de la fiesta de bodas indica un futuro de bienaventuranzas para aquellos que aceptan la invitación, pero también habla de un lugar de castigo en las tinieblas de afuera, para aquellos que fallan en cumplir con todos los requisitos:

“Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de boda. Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda? Más él enmudeció. Entonces el rey dijo a los que servían: Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes. Porque muchos son llamados, y pocos escogidos”.

Mateo 22:11 al 14

La parábola de la cizaña también, con su explicación, Jesús enseñó sobre el fin de este siglo, cuando los malos serán echados en el horno de fuego y cuando los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre. ***“De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviaré el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los***

echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga” (Mateo 13:40 al 43).

En la parábola de la red, se describe de manera similar el fin de este siglo, cuando los ángeles saldrán y apartarán a los malos de entre los justos (**Mateo 13:47 al 50**). También en la parábola de las diez vírgenes, leemos sobre el retraso del esposo, un clamor a medianoche, y cómo algunas de ellas entraron con el esposo a la fiesta de bodas mientras que a otras se les cerró permanentemente la puerta. La parábola concluye con una advertencia clara para los últimos tiempos: **“Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora”** (Mateo 25:13).

En la parábola de los talentos, Jesús enseñó sobre un hombre que entregó dinero a sus siervos y se fue de viaje, anunciando que, a su regreso, pediría cuentas de esa entrega. Este hombre estuvo ausente durante un largo tiempo, pero a su regreso demandó rendición de cuentas, resultando en que algunos fueran invitados a entrar en el gozo de su señor, mientras que otros fueron echados a las tinieblas de afuera (**Mateo 25:14 al 30**).

Parece que al principio de su ministerio, Jesús puso mayor énfasis en la presencia del Reino como el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, mientras que en los últimos días de Su ministerio, podría

decirse que enfatizó más Su regreso y el establecimiento final del Reino eterno.

Por todo esto, y por algunas enseñanzas más, es claro que Jesús presentó el Reino de Dios como algo presente y también como algo que alcanzará su plenitud en el futuro. Intentar negar alguno de estos dos aspectos de esta doctrina es abusar de la evidencia escritural. No deberíamos considerar el Reino únicamente como una cuestión futura, ni deberíamos enseñar hoy como si nosotros, como Iglesia, tuviéramos el derecho y el deber de gobernar el sistema en nombre del Señor.

El apóstol Pablo, como vocero del Nuevo Pacto, también enseñó que el Reino de Dios es algo presente y al mismo tiempo algo futuro. Algunas de sus afirmaciones claramente describen al Reino de Dios como una realidad presente. Por ejemplo, enseñó:

“Más algunos están envanecidos, como si yo nunca hubiese de ir a vosotros. Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos. Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder”

1 Corintios 4:19 y 20

Es evidente, ante esta expresión, que Pablo no estaba pensando en un Reino futuro, sino en un Reino presente en sus días. De manera similar, Pablo les dice a los hermanos de Roma: ***“Porque el reino de Dios no es comida ni bebida,***

sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17). Asimismo, les escribe claramente a los hermanos de Colosas que la Iglesia había sido trasladada al ámbito del Reino: *“Él nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo amado, en quien tenemos redención, el perdón de los pecados” (Colosenses 1:13 Y 14).*

Por supuesto, también hay pasajes en los que Pablo presenta al Reino como algo que se manifestará plenamente en el futuro: *“El Señor me libraré de toda obra mala y me llevará a salvo a su Reino celestial” (2 Timoteo 4:18).* Sin duda, la expresión “me llevará a salvo” indica que Pablo estaba considerando una plenitud futura más amplia y perfecta de la que estaba viviendo en ese momento.

Es comprensible que un hombre mayor, con un cuerpo gastado y maltrecho tras haber sufrido tantas agresiones y penurias, tuviera en mente una esperanza mayor. Por eso dejó en claro que prefería morir, pues para él, la muerte significaba ganancia (**Filipenses 1:21**), ya que estaba seguro de pasar a una vida mejor y recibir un cuerpo semejante al cuerpo de resurrección que había visto en Jesús (**Filipenses 3:10**).

Por otra parte, cuando Pablo utiliza los conceptos de herencia, indica no solo los beneficios que recibirán los hijos de Dios, sino también las pérdidas de aquellos que serán excluidos del Reino. Es evidente ante esto que se refiere al Reino en un sentido futuro: *“¿No sabéis que los injustos no*

heredarán el reino de Dios?” (1 Corintios 6:9); “... ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios” (Gálatas 5:21).

En **Efesios 5:5**, Pablo utiliza un sustantivo derivado de este verbo para hacer una afirmación similar: ***“Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el Reino de Cristo y de Dios”***. Y en **1 Corintios 15:50**, el apóstol escribe lo siguiente: ***“Pero esto digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción”***. El hecho de que aquí esté hablando de la resurrección del cuerpo deja claro que también concibe el Reino de Dios como un estado de perfección futura, tanto para los santos como para el mundo en general.

En definitiva, podemos decir que el Reino, tanto en las enseñanzas de Jesús como en las de Pablo, es una realidad presente y futura. Nuestra comprensión del Reino debe, por lo tanto, hacer justicia plena a ambos aspectos. Hacerlo así nos comprometerá con la manifestación actual del Reino en nuestras vidas y con la prudente preparación para la inminente llegada del Señor.

Hoy en día, los hijos de Dios debemos priorizar una profunda comunión con el Señor para aumentar nuestra capacidad de resolver las adversidades que enfrentemos por causa del Reino. Debemos hacerlo considerando que nuestro estado presente claramente es provisional e incompleto, y que lo perfecto, así como nuestra recompensa, llegará con la

venida del Señor y la plena manifestación del Reino en toda la tierra.

“Alabemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por medio de la resurrección de Jesucristo ha cambiado totalmente nuestra vida. Por su gran amor, Dios cambió nuestra vida, para que siempre estemos seguros de nuestra salvación y de que nos dará todo lo que nos ha prometido y que tiene guardado en el cielo. Lo que nos ha prometido no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe”.

1 Pedro 1:3 al 5 BLS

El apóstol Pedro llama nuestra atención a las características de la herencia que nos está reservada. Es incorruptible, o como dice esta versión, no puede ser destruida; por tanto, tampoco puede acabarse. Es incontaminada, de modo que no puede echarse a perder. También es inmarcesible, lo que significa que no puede marchitarse, menguar ni debilitarse. Además, está reservada, lo que da a entender que quien la dispuso la guardará celosamente. No es una mera custodia, sino una garantía de que será para nosotros.

Curiosamente, después de asegurarnos las recompensas futuras, dejó muy claro que debemos confiar en Dios y que el Señor, en los últimos tiempos, nos protegerá con Su poder. Lo cual es fácil de comprender, pues no habría

necesidad de protección si no hubiera problemas que enfrentar. Por eso, el apóstol continuó diciendo:

“En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”

1 Pedro 1:6 y 7

Pedro nos asegura que tendremos que pasar por algunas pruebas y dificultades, pero que debemos alegrarnos o gozarnos en el Señor. La confianza que tenemos en Dios, o la fe que tenemos en Él, debe ser como el oro; así como la calidad del oro se pone a prueba con el fuego, nuestra fe debe ser puesta a prueba por medio de los problemas, para que en la llegada de Jesucristo podamos ser recompensados por Él.

Creo que la Iglesia debe vivir en búsqueda de un constante desarrollo actual, pero con un claro sentido de urgencia, reconociendo que el fin de los tiempos está más cerca que nunca. El mundo ha cambiado en muchos aspectos y de manera radical en muy pocos años; no debemos ignorar esto, porque si no nos preparamos adecuadamente, no seremos capaces de enfrentar las adversidades que nos acecharán antes de la venida del Señor.

La Iglesia debe estar en permanente tensión entre la era presente y los tiempos por venir. Es cierto que hemos

experimentado la victoria del Reino a través de la obra consumada de Cristo, pero al mismo tiempo estamos bajo el acecho permanente de las tinieblas que, comprendiendo su cercano final, pretenden acelerar sus dominios como el último gran intento por gobernar el mundo.

La Iglesia no debería subestimar su posición y su propósito. Si me permiten opinar como comunicador de esta generación, diría que estamos adormecidos, relajados o fascinados por el sistema. El pensamiento de la cultura actual nos mantiene enfocados en el consumo y el bienestar personal o familiar. Al igual que los impíos, muchos hermanos están totalmente absorbidos por sus planes y conflictos, pero carecen de una perspectiva global para el avance del Reino.

Aunque digo esto, también confío en que Cristo sigue siendo la cabeza de la Iglesia y que, a pesar de todo, Él no ha perdido Su gobierno y Su poder sobre ella. Por lo tanto, no dudo que Él puede despertarla o encaminarla cuando lo determine. Mi preocupación no radica en eso, sino en la realidad que podría golpearnos y generar una reacción efectiva.

Cuando observo la historia de Israel, veo que pasaron por varios periodos de oscuridad y egoísmo, y que muchas veces se alejaron de la perfecta voluntad de Dios en pos de sus propios planes. Fueron disciplinados por ello y más de una vez regresaron mansamente a una sincera comunión con el Señor y al compromiso con Su voluntad, aunque siempre

a través del dolor. Esto es algo que me gustaría que pudiéramos evitar en la Iglesia de hoy.

Estamos en el Reino porque vivimos en Cristo; sin embargo, vemos todo de manera imperfecta, como reflejado en un espejo (**1 Corintios 13:12**). Disfrutamos de la gracia del Señor, pero anhelamos Su plena manifestación. Recibimos muchas bendiciones y, aun así, esperamos la victoria final. Damos gracias a Dios por habernos hecho renacer para una esperanza viva, por habernos introducido en Su Reino, pero también debemos asumir la responsabilidad de seguir orando: “*Venga tu Reino...*”

La creación misma espera con impaciencia nuestra manifestación como hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de la corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (**Romanos 8:20 y 21**).

Todo el planeta está confundido, y sabemos que este mundo se queja y sufre dolor, como cuando una mujer embarazada está a punto de dar a luz. Y no solo sufre el mundo, sino también nosotros, los que tenemos el Espíritu Santo, que es el anticipo de todo lo que Dios nos dará después. Pero esperar lo que ya estamos viendo no sería esperanza, pues ¿quién espera algo que ya tiene? Sin embargo, si esperamos recibir algo que todavía no vemos, entonces debemos esperarlo con paciencia (**Romanos 8:24 y 25**).

La ansiosa espera no es solo de la creación, sino de todos nosotros, los hijos de Dios, los ciudadanos del Reino, que esperamos con fe la llegada de la perfección completa. Mientras tanto, no debemos quedarnos encerrados entre cuatro paredes, sino estudiar, trabajar, producir y expresar la vida de Cristo en todo momento y lugar.

Debemos observar la historia y el presente continuo como el desarrollo del eterno propósito de Dios. Esta visión del Reino nos permitirá comprender que el Reino siempre ha estado detrás de todo proceso humano. Cristo lo estableció firmemente a través de Su encarnación, y no lo retiró ni lo ocultó con Su ascensión, sino que lo sostuvo vigente en Su impartición.

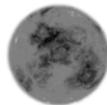
Él se impartió a Su Iglesia, que es Su cuerpo. Por lo tanto, hoy somos nosotros los responsables de Su expresión, gestionando Su perfecta voluntad bajo Su autoridad y en el poder de Su Espíritu Santo. Mientras tanto, el Sol de Justicia, que nunca ha dejado de brillar, ha estado apareciendo y ocultándose cada uno de los días de Dios, y lo seguirá haciendo hasta que se manifieste poderosamente en el llamado: “Gran día del Señor”. Entonces, Su fuego quemará y Su justicia será manifestada, y es necesario que estemos preparados para ese día.

“Sin embargo, queridos amigos, hay algo que no deben olvidar: para el Señor, un día es como mil años y mil años

son como un día. En realidad, no es que el Señor sea lento para cumplir su promesa, como algunos piensan.

Al contrario, es paciente por amor a ustedes. No quiere que nadie sea destruido; quiere que todos se arrepientan. Pero el día del Señor llegará tan inesperadamente como un ladrón. Entonces los cielos desaparecerán con un terrible estruendo, y los mismos elementos se consumirán en el fuego, y la tierra con todo lo que hay en ella quedará sometida a juicio”.

2 Pedro 3:8 al 10 NTV



Capítulo cuatro

ENTRE LO IMPERFECTO Y LO PERFECTO

“Desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, alabado sea el nombre del Señor”.
Salmos 113:3

Hemos visto que el Reino de Dios siempre ha existido y ha dirigido los destinos de toda la creación. Lo que sucedió en los días de Jesucristo fue que Él lo estableció entre los hombres, permitiéndonos así acceder nuevamente a una vida en plena comunión y obediencia con el Padre. Desde los días de Adán, el pecado ha provocado la imposibilidad de esa unidad con Dios.

La autoridad y el poder de Dios nunca han estado en duda. Él es el gran Rey y siempre lo será; el problema ha residido exclusivamente en la humanidad. Los únicos que hemos perdido somos nosotros, los seres humanos, debido a nuestra naturaleza pecaminosa, que implica la incapacidad de ver y obedecer la perfecta voluntad de Dios.

Cuando el Señor expulsó a Adán del Edén, que era un lugar de bendición, estaba dejando en claro a todos los seres humanos que vendrían después que Él no aceptaría sostener una comunión espiritual con aquellos en estado de rebelión. Por eso pasaron miles de años hasta que Jesucristo, con Su vida, restauró esa posibilidad.

Bajo el Nuevo Pacto, podemos vivir en comunión con Dios y bajo el poder espiritual de Su Reino. Sin embargo, aunque todo lo tenemos en Cristo, seguimos esperando el cumplimiento profético de la plena manifestación del Reino en toda la tierra.

Ya experimentamos la presencia del Espíritu Santo, pero aún esperamos recibir un cuerpo de resurrección. La vida eterna es tanto una realidad presente como una esperanza futura. Podemos decir que vivimos en los últimos tiempos, pero el día del Señor aún no ha llegado. Vivimos bajo la bendición del Reino, pero enfrentamos la hostilidad del reino de las tinieblas.

En realidad, el Reino de Dios solo puede ser comprendido a la luz de esta tensión entre ser una realidad presente y una esperanza futura. La vida en Cristo nos permite acceder a dimensiones de gloria, incluso en nuestra carne mortal (**2 Corintios 4:10 y 11**), aunque esta nueva vida es provisional e imperfecta, de manera que se puede hablar tanto de su carácter revelado como de su carácter oculto (**Colosenses 3:3**).

Pablo en reiteradas ocasiones, escribió sobre la presencia del Espíritu Santo en nuestras vidas, y Su operación de transformación en nuestro ser (**2 Corintios 3:18**), mientras que en otras ocasiones escribió acerca de los hijos de Dios, como quienes gemimos interiormente, rogando y anhelando lo anunciado por el Señor (**Romanos 8:23**).

“Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado para salvar a los que le esperan”

Hebreos 9:28

Por su parte, vemos que el escritor de la carta a los Hebreos, contrasta claramente la obra de Cristo en Su primera venida, con la consumación que se producirá en Su segunda venida. Aquí vemos claramente la trama que une el Reino establecido por Jesucristo, la manifestación presente de ese Reino, y el cumplimiento futuro de todo lo que hasta hoy tenemos de manera absoluta en la sustancia de la fe.

“Nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros”

1 Pedro 1:3 y 4

El apóstol Pedro afirma que el nuevo nacimiento es lo que nos proporciona nuestra esperanza viva, enseñando que la salvación es un regalo de Dios. Así como un niño no hace nada para nacer, nosotros experimentamos el nuevo

nacimiento no por lo que somos ni por algo que hayamos hecho. Nacemos de Dios a través de la resurrección de Jesús de entre los muertos (**Juan 1:13**).

La salvación cambia quiénes somos y solo después de recibirla cambia lo que hacemos (**2 Corintios 5:17**). Solo en Cristo podemos morir al pecado y recibir la gracia de vivir para la justicia (**Efesios 2:5**). Este nuevo nacimiento sirve como la razón de nuestra esperanza, nuestra seguridad en la salvación. A diferencia de la esperanza vacía y muerta de este mundo, esta esperanza viva es vigorosa y activa en nuestro corazón porque es Jesucristo mismo.

El apóstol está dirigiéndose a los cristianos que sufrían persecución en Asia Menor. Sus palabras tenían el propósito de animarlos en sus problemas. Su futuro estaba asegurado gracias a la resurrección de Jesucristo. Su esperanza estaba en Su victoria sobre la muerte y Su vida de resurrección. Lo que los creyentes perseguidos enfrentarían en este mundo no se podía comparar con las bendiciones de la resurrección futura y la vida que vendría en la eternidad.

La esperanza viva está anclada en el pasado: Jesús resucitó de entre los muertos (**Mateo 28:6**). Continúa en el presente porque Jesús está vivo (**Colosenses 3:1**), y perdura en el futuro porque Jesucristo conquistó para nosotros una vida de resurrección (**1 Corintios 15:23**).

El objeto de nuestra esperanza viva es una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los

cielos para nosotros. Tenemos una herencia que la muerte nunca tocará, que no se manchará por el mal ni se desvanecerá con el tiempo; es a prueba de muerte, a prueba de pecado y a prueba de edad. Dios la guardará y la preservará en el cielo para nosotros. Es totalmente segura. Nada puede socavar la certeza de nuestra herencia futura, y la prueba de lo que obtendremos en el futuro son las arras que disfrutamos hoy (**Efesios 1:14**).

La esperanza viva también nos permite vivir sin desesperación cuando enfrentamos sufrimientos y pruebas en esta vida presente. Por eso Pablo escribió: *“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”* (2 Corintios 4:17 y 18).

Pablo también escribió en **Efesios 2:12** que los que no tienen a Jesucristo carecen de esperanza. Los creyentes somos bendecidos con una esperanza real y significativa por medio de la resurrección de Jesucristo. Por el poder de la Palabra de Dios y la comunión que podemos tener con el Espíritu Santo, esta esperanza viva despierta nuestras mentes y almas (**Hebreos 4:12**). Cambia nuestros pensamientos, palabras y acciones.

“Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que

cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”

1 Juan 3:2

Por su parte, Juan destaca el contraste entre lo que somos ahora y lo que llegaremos a ser. No solamente tendremos la naturaleza divina, sino que portaremos Su naturaleza de manera interna y externa. Pablo dice que hoy llevamos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros (**2 Corintios 4:7**), pero cuando nos llegue lo perfecto, seremos transformados completamente a Su semejanza.

A lo largo de toda la historia, tenemos promesas de cosas que ocurrirán, sucesos que ya han ocurrido, realidades que podemos vivir, procesos que debemos atravesar, y una esperanza viva de que seremos alcanzados por la consumación absoluta del propósito eterno en Cristo.

En el avance de estos procesos, tenemos las que se denominan señales de los tiempos. Estas señales son las que ya están anunciadas proféticamente, y que se producirán en el mundo antes del regreso de Cristo, incluyendo cosas tales como la predicación global, la gran apostasía, el trato de Dios con Israel, la gran tribulación y la revelación del anticristo.

Podemos notar que estas señales de los tiempos no se cumplirán todas juntas exclusivamente en los tiempos del fin antes del regreso de Cristo, sino que se las debe considerar como señales que se van cumpliendo a través de procesos a

lo largo de toda la era de la Iglesia, entre la primera y la segunda venida de Cristo. Por ejemplo, analicemos el tema de la predicación del evangelio del Reino, del cual Jesús dijo:

“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin”

Mateo 24:14

La predicación del evangelio ha experimentado diversas etapas y expresiones a lo largo de toda la historia de la Iglesia. Los mismos procesos vividos por la Iglesia han silenciado en ocasiones la voz del verdadero evangelio y, en otros momentos, han avivado la proclamación del evangelio con una visión del Reino. Debemos reconocer que las desviaciones doctrinales, que han distorsionado la esencia misma del evangelio del Reino, han sido una de las principales causas que han obstaculizado esta valiosa señal.

Por otro lado, las dificultades geográficas, políticas, sociales, culturales e incluso los retos lingüísticos han generado grandes obstáculos para la expansión del verdadero evangelio. El Señor no enviará a sus ángeles a hacer esta tarea; es nuestro privilegio. Solo aquellos alcanzados por la gracia soberana han tenido acceso a la verdad revelada, y por ello no solo tenemos el honor de proclamarla, sino también la sublime responsabilidad de hacerlo.

Hoy en día, gracias a los cambios culturales y tecnológicos, tenemos acceso a medios como el internet, que

antes no estaban disponibles. La globalización ha hecho posibles cosas que antes parecían inalcanzables, y cuando se utiliza en función del Reino, sus virtudes han sido muy útiles para la evangelización.

Es importante destacar que señales de los tiempos como estas son el resultado de procesos prolongados y no de eventos específicos. Del mismo modo, otras señales de los tiempos también encuentran expresión a través de procesos más breves. Comprender esto es crucial para una lectura correcta de los tiempos proféticos que vivimos hoy.

Como maestro en la Iglesia actual, mi preocupación es mantener un equilibrio entre nuestra humanidad imperfecta y la perfección que recibimos de Cristo. La enseñanza del Reino debe efectuarse bajo la tensión de esta realidad. No debemos predicar fomentando una consciencia demasiado elevada ni demasiado degradante, como se ha hecho desde ciertas perspectivas religiosas.

Hace algunos años, surgió en las Iglesias la teología del "auto desprecio", que enseñaba que no éramos más que siervos. Sin embargo, ser siervo no es un título sino una actitud que debemos mantener, independientemente de nuestra autoridad en Cristo. Cuando Pablo se llamaba a sí mismo "*siervo de Jesucristo*", no estaba certificando un título, sino demostrando la actitud que debía tener como apóstol de Jesucristo.

Nos enseñaron que no debíamos amarnos a nosotros mismos, porque cualquier expresión de amor propio era vista como un acto de orgullo y vanidad. Esta teoría de negar el interés personal hizo que no pudiéramos hablar bien de nosotros mismos; incluso, si alguien recibía un elogio, lo rechazaba inmediatamente diciendo: “Toda la gloria sea para el Señor”.

Recuerdo cuando un hermano, después de un mensaje, le dijo al pastor: “¡Qué hermosa predicación, pastor! Fue una bendición para mi vida”. Y el pastor le respondió: “¡Apártate de mí, Satanás!” Estas situaciones eran absurdas y dolorosas, síntomas de una religiosidad estúpida, evidencia de una inmadurez total y de un peligroso desequilibrio emocional.

Luego llegaron las enseñanzas del movimiento apostólico, donde hubo una entendible reafirmación de nuestro valor. Pero como suele ocurrir con los cambios legítimos, muchos llevaron las cosas al extremo elevando la estima de los hermanos hasta caer en el orgullo espiritual.

Debemos estar claros en que somos débiles en nosotros mismos, pero fuertes en Cristo. Tenemos una naturaleza pecaminosa que lucha por sobrevivir, pero somos santos renacidos que contamos con el poder del Espíritu Santo para vivir en santidad. No podemos hacer nada por nosotros mismos, pero todo lo podemos en Cristo. Vivimos una vida que está en proceso de muerte, pero tenemos esperanza en una vida gloriosa y eterna.

No debemos enseñar a los miembros del cuerpo de Cristo como si fueran totalmente depravados o incapaces de hacer el bien. Debemos enseñarles que son nuevas criaturas en Cristo y que todo lo pueden en Él. Nosotros, como líderes espirituales, no debemos mostrarnos débiles ni incapaces, ni pretender una modestia falsa, ni mostrarnos como los “súper ungidos” que pueden hacer más que cualquier otro mortal.

Como cristianos, debemos tratarnos como pecadores redimidos que aún estamos en proceso de perfeccionarnos. Por esta razón, siempre debemos estar dispuestos a perdonar a nuestros hermanos por sus fallas y debilidades. Incluso, toda corrección que debamos hacer, debe surgir del Espíritu de gracia que el Señor nos ha concedido. Pablo escribió al respecto: ***“Si ven que alguien ha caído en algún pecado, ustedes que son espirituales deben ayudarlo a corregirse. Pero háganlo amablemente; y que cada cual tenga mucho cuidado, no sea que él también sea puesto a prueba”*** (Gálatas 6:1).

Es fundamental entender que la lucha contra el pecado continúa durante toda nuestra vida cristiana. El Reino nos capacita para enfrentar los desafíos presentes, confiando en la victoria total que tenemos en Cristo. Sabemos que Cristo ha dado un golpe mortal al reino de Satanás y que la perdición de Satanás es segura, mientras que nuestra redención total está segura en las manos de Cristo, no en las nuestras.

Nosotros ya somos nuevas criaturas en Cristo, y en nosotros mora el Espíritu Santo, quien nos fortalece para

poder vencer las obras de la carne (**Romanos 8:13**). Sin embargo, debemos tener claro que no podemos alcanzar la perfección sin cometer ningún pecado; nuestra imperfección sigue activa. No obstante, esto no debe servir de excusa para una vida irresponsable; al contrario, nuestra responsabilidad radica en buscar la dependencia divina.

La revelación del poder que actúa en nosotros a través del Espíritu Santo debe motivarnos a vivir una vida cristiana victoriosa. Nuestra vida de fe no se fundamenta en nosotros mismos, sino en la obra continua del Espíritu Santo (**2 Corintios 3:18**). Debemos ser impulsados por la convicción de que nuestra santificación no es mérito propio, sino un don de la gracia de Dios, ya que Cristo es nuestra santificación (**1 Corintios 1:30**).

Enseñanzas como estas deben dejarnos bien claro que tenemos la responsabilidad de vivir para la gloria de Dios lo mejor que podamos, incluso cuando no alcancemos la perfección, y que no debemos intentarlo con nuestras propias fuerzas, sino en el poder y el obrar del Espíritu Santo que nos ha sido dado.

El hecho de que podamos reconocernos fuertes, y al mismo tiempo débiles, no debe generar incredulidad ni frustración, sino que debemos considerarnos a nosotros mismos como nuevas personas imperfectas. Con todo esto en mente, como líderes, debemos enseñar enfocándonos no tanto en la imperfección que aún persiste, sino en lo nuevo que hemos recibido en Cristo.

Poner el énfasis en la imperfección en vez de en lo nuevo es desvirtuar el Nuevo Testamento. De hecho, no hay forma de disfrutar los beneficios de la Biblia si no somos capaces de llevarla a la cruz y aplicarla en la vida de resurrección otorgada por el Nuevo Pacto.

Lo que debe cobrar un valor extraordinario en la Iglesia del Señor es el crecimiento o la madurez espiritual. Personalmente, creo que la clave para la plena manifestación del Reino está en lograr la madurez espiritual de los santos renacidos. La sabiduría espiritual, y la fructificación de aquellos que alcanzan madurez espiritual serán vitales para la expansión del Reino en los últimos días.

Por otra parte, la madurez es la que nos da la resiliencia espiritual necesaria para lo que vendrá sobre esta tierra antes de la venida del Señor. ¿Por qué sufren los cristianos? Es una pregunta antigua que vamos a eliminar de nuestras vidas en la medida en que desarrollemos nuestra madurez espiritual en Cristo.

Debemos tener claro que el sufrimiento todavía ocurre en la vida de los hijos de Dios porque los resultados del pecado aún no han sido eliminados por completo y el sistema está impregnado por el dominio de las tinieblas. La Palabra enseña claramente que es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el Reino de Dios (**Hechos 14:22**). Esto no significa que nos salvaremos después de sufrir mucho, sino que no podemos esperar el gobierno de Dios sobre nuestras vidas sin enfrentar hostilidades en el intento.

Pablo relaciona nuestro sufrimiento presente con nuestra gloria futura (**Romanos 8:17 y 18**), y Pedro aconseja a los hermanos que no se sorprendan por el fuego de la prueba como algo extraordinario, más bien que intenten alegrarse al padecer ciertos sufrimientos vinculados a la fe (**1 Pedro 4:12 y 13**).

Al final, debemos saber que Dios enjugará toda lágrima de nuestros ojos, y tanto el dolor como la muerte ya no existirán más (**Apocalipsis 21:4**). Mientras tanto, sabemos que Dios tiene sus razones y propósitos al permitir que el sufrimiento aceche la vida de sus santos. Tal vez deberíamos reflexionar más sobre lo que Pablo nos enseñó acerca de que el sufrimiento produce paciencia, la paciencia produce prueba y la prueba produce esperanza (**Romanos 5:3 y 4**).

Por su parte, el escritor de la carta a los hebreos, aunque admite que la disciplina y el sufrimiento no parecen agradables en el momento en que los experimentamos, nos dice que más tarde esa disciplina producirá un fruto apacible de justicia para todos los que la acepten (**Hebreos 12:11**). Personalmente, hago mucho hincapié en la resiliencia espiritual porque estoy convencido de que las hostilidades que se avecinan sobre la tierra serán abrumadoras.

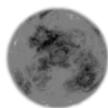
Debemos tener claro que hasta la manifestación plena del Sol de Justicia, la Iglesia sufrirá cada vez más violentamente las hostilidades del sistema. La comprensión de nuestras debilidades y el poder de Cristo que opera en

nosotros, nos permitirá avanzar en la madurez corporativa. A su vez, esa madurez espiritual nos permitirá no solo manifestar el Reino, sino también soportar las presiones y las pruebas sin caer de rodillas ante el sistema.

Entre lo imperfecto de nuestras debilidades y lo perfecto de la vida de Cristo que opera en nosotros está la fe. Sin duda, es la fe la que nos capacita para vivir el Reino hasta la llegada del Sol de Justicia. Entonces, no será la fe, sino la realidad que experimentará el mundo, y el sistema caerá de rodillas ante la llegada del gran Rey de reyes y Señor de señores.

“Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más. Por mí mismo hice juramento, de mi boca salió palabra en justicia, y no será revocada: Que a mí se doblará toda rodilla, y jurará toda lengua”.

Isaías 45:22 y 23



Capítulo cinco

LAS SEÑALES DE LOS TIEMPOS

“Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”

Hechos 1:11

Cristo vino para establecer Su Reino y volverá para consumir completamente Su dominio sobre toda la tierra. Como vimos anteriormente, y como claramente lo refleja la vida de la Iglesia, hay un sentido en que el Reino de Dios ya está presente, y hay otro sentido en que el Reino manifestará su plenitud en el futuro. Nosotros estamos viviendo la primera de estas etapas, pero estamos muy cerca de la segunda.

Para la Iglesia de hoy, la expectativa y la enseñanza correcta respecto de la segunda venida de Cristo son absolutamente clave. El abuso y el desuso de la predicación sobre la segunda venida de Cristo ha sido resultado del

desconocimiento. La mayoría de los predicadores que se aventuran a hablar sobre la parusía del Señor repiten lo que han aprendido sin profundizar en el conocimiento ni estudiar personalmente las diferentes opciones doctrinales que se manejan hoy en día.

No expongo esto para juzgar livianamente a mis colegas, sino porque he consultado con muchos de ellos al respecto, y todos reconocen que enseñan lo que han aprendido en su institución o en el instituto donde se formaron ministerialmente, pero no han estudiado las diferentes opciones para cotejar las diferencias y encontrar la correcta según la convicción del Espíritu.

No hay dudas de que el Señor vendrá, y claramente las profecías del Antiguo Testamento, así como las enseñanzas del Nuevo Testamento, nos exhortan a vivir de tal manera que estemos siempre listos para el regreso del Señor. De hecho, Su venida no es discutida por nadie, o por casi nadie. Lo que deberíamos hacer es escudriñar detalles sobre cómo y cuándo será, porque al final, estas cosas pueden convertirse en grandes y peligrosas diferencias.

La Biblia nos enseña claramente que Cristo vendrá con Sus ángeles en la gloria del Padre (**Mateo 16:27**). Jesús le dijo al sumo sacerdote que vería al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo con las nubes del cielo (**Marcos 14:62**). Incluso fueron dos ángeles los que, en el momento de la ascensión de Jesús, les dijeron a los apóstoles: *“Este mismo Jesús, que ha sido tomado de*

vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo”
(Hechos 1:11).

La Biblia destaca en más de una ocasión que el día del Señor vendrá súbita e inesperadamente. Las afirmaciones de Cristo respaldan esto, ya que en su momento dijo a quienes lo oían que esperaran Su regreso, pues Él vendría sin que nadie pudiera saber el día y la hora con certeza (Lucas 12:40). También les dijo: ***“Velad, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor”*** (Mateo 24:42).

Por su parte, las palabras de Pablo hacen eco de las de nuestro Señor, pues escribió: ***“El día del Señor vendrá así como ladrón en la noche”*** (1 Tesalonicenses 5:2), y el apóstol Pedro también utilizó la misma comparación para describir el regreso de Cristo: ***“El día del Señor vendrá como ladrón en la noche”*** (2 Pedro 3:10). Nadie puede dudar de que este evento ciertamente ocurrirá y será algo repentino e inesperado para muchos.

Esta incertidumbre del tiempo de la venida del Señor, no es el resultado de la ignorancia espiritual de los apóstoles, ni obedece a ningún error de cálculos. Dios mismo consideró conveniente no revelar el día ni la hora del retorno de Cristo (Mateo 24:36), pero lo que sí hizo, fue instar a todos sus hijos a que veláramos constantemente para que ese día, no nos sorprendiera como ladrón. Yo sé que años atrás se hizo la película llamada “Como ladrón en la noche”, y que muchos asustan con este concepto, pero debemos tener muy en claro

que la orden de velar, nos libraré de ser víctimas de la sorpresa. El apóstol Pablo escribió:

“Más vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino que velemos y seamos sobrios”.

1 Tesalonicenses 5:4 al 6

Los apóstoles sabían, por revelación y por instrucción directa de Cristo, que Él vendría otra vez, que Su venida sería precedida por tiempos tumultuosos, que sería súbita e inesperada, y que tanto ellos como todos los convertidos deberían velar continuamente. Por lo tanto, la limitación en la revelación del día y la hora fue justamente para lograr el efecto de la acción constante y la gestión efectiva de la fe.

Es evidente que el plan de Dios no incluía que Sus profetas dispusieran de cierto conocimiento acerca de la exactitud del momento del advenimiento de Cristo. Precisamente antes de Su ascensión, nuestro Señor puso fin a las preguntas de Sus discípulos sobre calcular el tiempo de las acciones futuras de Dios al declarar: ***“No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad”*** (Hechos 1:7).

Jesús solo habló de algunas señales que precederían Su venida y luego advirtió: ***“Cuando estas cosas comiencen a suceder, erguíos y levantad vuestra cabeza, porque vuestra***

redención está cerca” (Lucas 21:28). Incluso, en las bienaventuranzas habló de recompensas para aquellos siervos a quienes, en Su venida, los encontrará viviendo y sirviendo con fidelidad **(Lucas 12:37 al 40).**

Por su parte, Pablo exhortó a los hermanos de Corinto a ser cautos en sus juicios, dado que el Señor volvería y Él mismo juzgaría toda situación: ***“Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas” (1 Corintios 4:5).***

En su carta a Tito, Pablo describe a los cristianos como aquellos que están ***“aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tito 2:13).*** Al final, las palabras de Pablo han servido durante siglos para velar y actuar responsablemente, como si diariamente se renovara su advertencia: ***“El Señor está cerca” (Filipenses 4:5).***

El escritor de la carta a los Hebreos también dice claramente que ***“Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que esperan” (Hebreos 9:28).*** Santiago, por su parte, hace resonar la misma nota cuando dice: ***“Tened también vosotros paciencia, y afirmad vuestros corazones; porque la venida del Señor se acerca” (Santiago 5:8).***

Por su parte, el apóstol Juan insta a sus lectores a permanecer en Cristo para que, cuando Él aparezca, ellos

puedan tener confianza (**1 Juan 2:28**); además afirma que cuando Cristo se manifieste nuevamente, nosotros seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es (**1 Juan 3:2**). En los escritos del libro de Apocalipsis resuenan los detalles de Su glorioso regreso, ya que claramente dice: ***“He aquí que viene con las nubes y todo ojo lo verá”*** (**Apocalipsis 1:7**).

Esta misma viva expectativa del regreso de Cristo debería caracterizar a la Iglesia de Jesucristo hoy en día. Si esta expectativa ya no está presente, hay algo que está radicalmente mal. Jesús mismo le dijo a la iglesia de Filadelfia: ***“He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes para que ninguno tome tu corona”*** (**Apocalipsis 3:11**). Y en **Apocalipsis 22:20**, el penúltimo versículo del Nuevo Testamento, como el gran cierre de la Biblia, leemos lo siguiente: ***“El que da testimonio de estas cosas dice: ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús”***.

Como maestro de este tiempo, creo que el grave problema que padece la Iglesia es la desinformación y la actitud que sostiene ante el anuncio de la segunda venida del Señor. Es por ver esta situación que escribí algunos libros como “Iglesia preciosa, despierta de una buena vez”, “Sesgo de normalidad” o “La gran advertencia”. También escribí sobre los tiempos previos en un libro que titulé “La gloria de la persecución final” y de la venida misma en otro libro titulado “El resplandor de Su venida”.

Yo veo a mis hermanos tan atrapados por las aflicciones personales, los afanes domésticos y los planes de vida, que el interés en la segunda venida de Cristo ha sido reducido a la nada. Es posible que muchos no estén creyendo en el regreso literal del Señor y por eso no se preocupen por tal asunto. Mientras que muchos otros sí creen en Su regreso, pero consideran ese evento como algo absolutamente futuro y distante, de manera que no sienten la expectación de tan glorioso suceso.

Tal vez lo que está pasando es justamente lo que Jesús advirtió en la parábola del siervo infiel. En esa parábola, Jesús expone a un siervo como alguien despreocupado respecto del regreso de su amo, ya que lo describe diciendo: **“Mi Señor tarda en venir...” (Lucas 12:45)**. Tal vez la extensa historia de la Iglesia y los años de anuncios incumplidos han generado la pérdida del sentido de expectativa y de cuidado que debemos tener.

Pienso que más allá de toda diferencia escatológica que podamos tener entre nosotros, el inminente regreso del Señor es indiscutible. Todos, absolutamente todos, debemos ser prudentes y sensatos como las vírgenes de la parábola sobre la que también enseñó Jesús en **Mateo 25:1 al 25**. Debemos vivir velando y esperando con ansias Su venida, porque el Señor no se equivocó al decir que venía en breve, ni los apóstoles mintieron al advertirnos con urgencia que veláramos con temor, sino que todo eso obedece a una orden directa de Dios, punto.

Entiendo la ansiedad que despierta en muchos el comprender el momento exacto de Su venida, pero eso no debe ser lo que condicione nuestros actos. La verdad es que deberíamos vivir el Reino con toda pasión, creyendo que cada día puede ser el día del Señor. Eso es lo que Dios nos dijo que debíamos hacer. No es necesario sacar conclusiones apresuradas con tal de generar en los hermanos actitudes de verdadero compromiso.

Tratar de encontrar señales sospechando de todo, en lugar de obtener dirección verdadera por medio del Espíritu Santo, tampoco es algo efectivo ni es algo que agrade a nuestro Señor. Debemos estar claros de que si Él desea revelarnos algo, simplemente lo hará. Nosotros solo debemos mantener una profunda comunión espiritual con Él y desarrollar nuestro discernimiento.

“Más él, respondiendo, les dijo: Cuando anochece, decís: Buen tiempo, porque el cielo tiene arboles. Y por la mañana: Hoy habrá tempestad; porque tiene arboles el cielo nublado. ¡Hipócritas!, que sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡más las señales de los tiempos no podéis!

Mateo 16:2 y 3

Generalmente, la expresión utilizada por Jesús como ***“las señales de los tiempos”*** es empleada por teólogos y eruditos para describir ciertos acontecimientos o situaciones que preceden o señalan la segunda venida de Cristo. Sin embargo, en este pasaje, que es el único en el que Jesús

emplea esta frase, se refiere a lo que Él estaba haciendo en ese momento de Su encarnación.

En el contexto de estos dichos, los fariseos y los saduceos acababan de pedirle a Jesús que demostrara con señales que realmente era quien decía ser. Entonces, Jesús les reprendió por no ser capaces de discernir las señales que Él estaba manifestando como el Mesías anunciado por los profetas.

Las enseñanzas de Jesús y los milagros que lo respaldaban deberían haber sido suficientes como señales para discernir correctamente los tiempos en que estaban viviendo. Sin embargo, los líderes judíos no lograron interpretar quién era Él y, no solo eso, sino que lo persiguieron con críticas despiadadas y con tanta malicia que perversamente planificaron su muerte.

Ahora bien, así como hubo claras señales en los días de Su primera venida, también habrá claras señales de los tiempos previos a Su segunda venida. Los líderes que se negaron a reconocer a Jesús como Mesías, y también sus seguidores, fueron alcanzados por el juicio. Hoy en día, debemos extremar nuestros cuidados para vivir apasionadamente, dando correcta lectura a las señales de los tiempos.

Hay algunos que no hacen más que observarlas, pero reitero, las señales no deben ser nuestro fundamento de acción ni la expresión de nuestro mensaje, porque cada vez

que alguien procuró eso, terminó equivocándose y llevando a muchos hermanos al error. Nuestro fundamento de compromiso y pasión debe ser el mandato de nuestro Señor de estar velando, punto. Sus órdenes deben ser más que suficientes para nuestra gestión de fe.

Generalmente, quienes buscan continuamente descubrir alguna señal de los tiempos del fin lo hacen en términos de sucesos anormales, espectaculares o catastróficos. Ellos solo ven a los signos anunciados como interrupciones espectaculares del curso normal de la historia, e incluso de ahí surge la expresión de fenómenos apocalípticos, más vinculados a Hollywood que a los movimientos divinos.

Pero la verdad es que si las señales del regreso de Cristo son todos de ese tipo, no tendríamos necesidad de velar, solo esperaríamos dichos eventos. Jesús mismo advirtió en contra de este modo de entender las señales cuando dijo a los fariseos: ***“El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: He aquí, o helo allí, porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros”*** (Lucas 17:20 y 21).

Esto lo dijo para su tiempo presente, pero bien lo podríamos aplicar para hoy, porque las palabras de Jesús no estaban dirigidas en contra de observar las señales de los tiempos, sino en contra de una expectativa del Reino orientada hacia lo espectacular y lo insólito, en lugar de fijar la atención hacia Él.

Hoy en día, debemos enfocarnos en el Señor, en la comunión que podemos tener con Él, en Su persona y no en lo que sucede en el mundo. Reitero, debemos observar los sucesos mundiales, debemos interpretar correctamente la historia, pero ese no debe ser nuestro fundamento para determinar nuestro compromiso espiritual.

También debo destacar que las señales de los tiempos respecto del fin están, en muchos casos, asociadas con los movimientos del reino de Satanás, y eso es peligroso porque pueden llevarnos a serias equivocaciones. La Biblia nos advierte que la venida del inicuo sucederá: ***“con gran poder y señales y prodigios mentirosos”*** (2 Tesalonicenses 2:9).

De hecho, la bestia que sale de la tierra descrita en Apocalipsis ***“hace grandes señales, de tal manera que aún hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia”*** (Apocalipsis 13:13 y 14). Por lo tanto, en vez de andar buscando señales espectaculares, el pueblo de Dios debe estar alerta para discernir los movimientos del Señor, haciendo foco fundamentalmente en nuestra íntima comunión con Él.

No estoy negando que ciertamente habrá señales catastróficas que precederán a la venida del Señor. De hecho, pretendo hacer clara mención de todo eso en mis libros y enseñanzas, por eso considero muy importante dejar bien claro que son importantes, pero no son nuestro fundamento

de fe. Nuestro único fundamento debe ser Jesucristo, la Roca eterna y Su perfecta voluntad.

Los signos o señales de los tiempos no tienen la capacidad de otorgarnos un dato preciso respecto del día y la hora exacta del regreso de Cristo. De hecho, el Señor mismo condenó todo intento de saber eso cuando dijo que nadie conoce el día o la hora de su regreso, ni siquiera Él, sino que el Padre lo sabe en su sola potestad (**Marcos 13:32; Mateo 24:36**). Si Jesús dijo no saber el día, ¿quiénes somos nosotros para tratar de saber más que Él?

Solo debemos vivir en constante pasión y compromiso con el Señor. Debemos prepararnos para enfrentar tiempos de gran hostilidad antes de Su venida. No debemos basar nuestra vida espiritual en la esperanza de escapar antes de que los dolores comiencen, porque eso no sucederá. Conservar la idea de irnos al cielo antes de la venida visible del Señor es un error que puede sostenernos en peligrosa debilidad espiritual.

Siempre digo: “Preparar a la Iglesia para un viaje de placer es muy diferente que prepararla para una gran batalla; formatear una consciencia de disfrute es muy diferente que prepararla para el trago amargo de una gran hostilidad”. Que el Señor nos ayude a comprender la imperiosa necesidad de prepararnos para lo peor, aunque nuestra esperanza esté en lo mejor que ciertamente vendrá para nuestras vidas.

“Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño; porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz”.

Romanos 13:11 y 12

No conocemos el tiempo de Su venida, pero conocemos que es el tiempo de levantarnos del sueño y permanecer velando (**Mateo 24:42; Marcos 13:37**), estudiemos, trabajemos, edifiquemos, pero velemos respecto de los movimientos del Reino (**Lucas 12:32 al 43**). Mantengámonos estudiando la Palabra, en plena dependencia del Espíritu Santo. No llenemos nuestra cabeza con teología, sino nuestro espíritu con alimento de verdad.

Pasemos tiempo de calidad en oración contemplativa y procuremos recibir la ministración del Espíritu Santo. Prediquemos a tiempo, y fuera de tiempo, para que Dios haga lo que desea con Su Palabra. Sirvamos a Dios en todo lo que podamos, porque no hay mayor privilegio que ese. Administremos bien el tiempo, porque los días son malos, y nuestra oportunidad es hoy.

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”.

1 Corintios 15:58

Capítulo seis

EL RELOJ DE DIOS

“Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. Más como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre.

Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre”.

Mateo 24:36 al 39

Las señales de los tiempos revelan que Dios está actuando en el mundo, cumpliendo sus promesas y llevando a cabo la consumación final de toda redención. Nuestra obligación espiritual es discernir las señales en el curso de la historia pasada, presente y futura, sin dejar de aprovechar bien el tiempo, porque la manifestación del Reino en la tierra, a la espera del Señor, inevitablemente producirá días cada vez más difíciles (**Efesios 5:16**).

Las señales de los tiempos no nos dicen la hora exacta en que Cristo regresará y, como hemos visto, no deben ser nuestro fundamento de acción. Sin embargo, debemos estar atentos porque Jesús mismo, en más de una ocasión, utilizó expresiones tales como **“y entonces vendrá el fin”**, después de haber indicado cuáles serían algunas de las señales (**Mateo 24:14 al 30**). Por su parte, Pablo también escribió: **“No vendrá el fin sin que antes venga la apostasía y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición”** (**2 Tesalonicenses 2:3**).

Sin duda, las constantes hostilidades con las tinieblas se incrementarán al final de los tiempos. En una de las parábolas que contó Jesús, vemos que los hijos del Reino, representados por el trigo, y los hijos de las tinieblas, representados por la cizaña, crecerán juntos hasta el tiempo de la cosecha final. Esto significa que podemos esperar que la lucha entre las fuerzas de Dios y las fuerzas de Satanás perdure y se intensifique a lo largo de la historia restante (**Mateo 13:24 al 30**).

Otras señales, como el crecimiento de la apostasía y la desobediencia, la falta de amor y los repetidos casos de guerras y rumores de guerras, indicarán claramente la presencia de los poderes del mal (**Mateo 24:5 al 14**). Asimismo, la gracia del Señor y las buenas nuevas del evangelio continuarán dando oportunidad a toda la humanidad. Sin embargo, el continuo rechazo de su amor transformará esa paciencia divina en la temible ira del Señor.

Esto implica que aquel a quien esperamos, sin duda, vendrá como el Sol de Justicia.

Obviamente, los incrédulos no entienden las señales ni ven los acontecimientos mundiales como indicaciones de nada, pero los hijos de Dios debemos regocijarnos espiritualmente de que ocurran, porque a pesar de ser negativas, como la apostasía, los falsos profetas, las falsas manifestaciones, la persecución y la tribulación misma, son indicios de que el regreso de nuestro Señor está en camino. Es absurdo que, en lugar de celebrar Su venida, nos llenemos de preocupación y miedo.

Los signos de los tiempos anunciados proféticamente son un problema para quienes enseñan sobre una inminente venida del Señor a través del rapto secreto, ya que la mayoría de las señales dejarían de ser tales si la iglesia es arrebatada antes de que todas ellas ocurran. Los predicadores del rapto secreto han utilizado el temor durante años para generar compromiso y entrega en los hermanos. Sin embargo, también le han robado al pueblo el gozo y la alegría de esperar al Señor.

Quienes dividen la segunda venida de Cristo en dos fases consideran que el arrebatamiento de los santos sacará a la Iglesia de la tierra y la llevará al cielo, donde celebrará las llamadas bodas del Cordero. Entonces, creen que durante los siete años siguientes, todas las señales comúnmente aceptadas como signos culminantes de los tiempos ocurrirán en la tierra cuando la Iglesia ya no esté.

Según este punto de vista, no es necesario que ninguno de los sucesos proféticos ocurra antes de la venida de Cristo. Además, aquellos que predicán esto no están preparando a la gente para enfrentar las tremendas aflicciones que sobrevendrán sobre la tierra, sino que los exhortan a prepararse para ser aceptados por el Señor bajo la amenaza de ser abandonados si no viven en santidad.

El problema que veo en todo esto es que al generar ese pensamiento en el pueblo, están pasando por alto el diseño del Nuevo Pacto, en el cual, por la gracia divina, vivimos en Cristo, nos movemos en Cristo y somos en Cristo (**Hechos 17:28**). Si el Padre nos ve en Cristo, no puede ver otra cosa que Su santidad y Su justicia. De eso se trata haber recibido Su sangre y Su justificación.

Por otra parte, ¿qué sentido tendría celebrar bodas en el cielo mientras miles y miles de hermanos son dejados en la tierra para ser perseguidos y decapitados con feroz violencia? Además, deberíamos preguntarnos: ¿Dónde quedaría el pueblo de Israel en todo esto? ¿Acaso la unión del Señor será solo con algunos? Por último, ¿dónde dice la Biblia que las bodas del Cordero serán en el cielo y durante la tribulación?

Sabemos que en los últimos tiempos el amor de muchos se enfriará, la apostasía penetrará la Iglesia de manera salvaje, la hostilidad del sistema generará una clara persecución, el sufrimiento será evidente en varios frentes y las fuerzas del mal culminarán en la manifestación del

hombre de pecado. Personalmente, considero que enseñar que ninguno de los sucesos proféticos tiene que ocurrir antes del regreso de Cristo es un claro y costoso error que solo evitará una buena preparación espiritual en los hijos de la Luz.

Las señales de los tiempos revelan tanto la gracia de Dios como el juicio que vendrá sobre la tierra. Cuando el pecado abunde más y más y aun así Dios se manifieste a través de Su Iglesia (**Romanos 5:20**). Cuando se predique el evangelio del Reino, y no otro, en todo el mundo (**Mateo 24:14**). Cuando veamos que el Espíritu Santo comienza a ser derramado sobre grandes multitudes (**Joel 2:28**). Cuando el mensaje de salvación alcance los confines de la tierra (**Isaías 52:10**), y cuando veamos el avance de la obra del Señor con Israel, estaremos presenciando el último gran llamado de la gracia soberana.

*“Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra,
porque yo soy Dios, y no hay más”.*

Isaías 45:22

El evangelio del Reino debe transformarse en una fuerza que no pueda ser ignorada por las naciones del mundo, porque será el testimonio que invite a la fe como el último gran llamado de Dios. Esta expresión debe ser muy poderosa, ya que el evangelio mismo testificará en contra de aquellos que rechacen el Reino de Dios. Esto no significa que cada miembro de cada nación oirá el evangelio, sino más bien que

será una voz tan penetrante en la vida de cada nación que podrá ser rechazada, pero no ignorada.

Este periodo que está viviendo la Iglesia, hasta la venida del Señor, debe ser muy bien aprovechado para la predicación del evangelio del Reino. Debemos entender este tiempo, como un tiempo de gracia, en el cual Dios está invitando a todos los hombres a ser salvos, dando muestras de su amor a través de sus escogidos. Al menos ese es el diseño que debemos expresar.

Una señal profética del reloj divino es el trato de Dios con Israel, pues este es un claro signo de los tiempos finales. Pablo nos enseña que debemos prestar especial atención al problema de la salvación de Israel: ***“No quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no os estiméis a vosotros mismos sabios: que el endurecimiento parcial ha acontecido a Israel, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo...”*** (Romanos 11:25 y 26).

El cómo y el cuándo de esta promesa son fuentes de gran controversia para quienes analizan esto desde diversas perspectivas teológicas, un conflicto en el cual no deseo participar en este libro. Algunos relacionan estas palabras con un programa específico para el futuro de Israel después de que la iglesia gentil haya sido arrebatada de la tierra.

Otros esperan la futura conversión de Israel como nación, sin considerar a todos los judíos en particular. Otros

intérpretes, por el contrario, esperan una futura conversión de toda la nación de Israel, entendiendo que se refiere a la salvación de todos los elegidos, tanto judíos como gentiles, a lo largo de la historia.

Otros eruditos entienden este suceso como una descripción de la salvación del número total de los elegidos judíos, no solo en los últimos tiempos, sino a lo largo de toda la historia. Yo solo deseo agregar que tenemos la orden de orar por Israel y bendecirlos; Dios sabrá cuándo y cómo obrará con ellos. Solo sugiero que tengamos mucho cuidado de no confundir el avance del sionismo con la verdadera restauración que debe ser producida por el Señor, porque Él, solo se glorifica a través de sus obras.

El problema que Pablo consideró en varias ocasiones fue la incredulidad de Israel respecto al evangelio del Reino. Aunque Pablo se denominaba a sí mismo apóstol de los gentiles, también era un israelita y esto le generaba un gran pesar por su pueblo (**Romanos 9:2**). De hecho, Pablo se sentía tan afectado por la condición de los judíos en general que dijo: *“Desearía yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne, que son israelitas”* (**Romanos 9:3 y 4**).

A pesar del amor que sentía por su nación, Pablo sostenía la idea de que los israelitas eran responsables por su propio rechazo del evangelio. Por eso escribió: *“Pues, ignorando la justicia de Dios y procurando establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios”*

(Romanos 10:3). Pablo encontraba en sus hermanos israelitas el orgullo producido por la Ley, que indudablemente contrastaba con la esencia misma del evangelio de la gracia que él sostenía al decir que procuraba ser hallado en Cristo, no teniendo su propia justicia producida por la Ley, sino la que es por la fe de Cristo **(Filipenses 3:9)**.

La Iglesia no es Israel de Dios; somos simplemente Su nación santa, de donde obtenemos nuestra ciudadanía espiritual. La Iglesia no debe tomar partido en las acciones políticas de Israel ni debe adoptar prácticas judaizantes como si eso elevara nuestra espiritualidad, lo cual va completamente en contra del evangelio del Reino enseñado por Jesús.

Nosotros debemos regocijarnos en la gracia que nos alcanzó y orar para que Dios cumpla Sus planes, lo cual seguramente hará, pero también nos presenta la responsabilidad de orar. Pablo dijo: ***“Pues no hay diferencia entre judío y griego, porque el mismo Señor es Señor de todos, rico para con todos los que le invocan”*** **(Romanos 10:12)**. Pablo aquí descarta cualquier período futuro en el cual solo los judíos puedan acceder a la salvación o en el cual los judíos sean salvos de manera diferente a los gentiles.

Lo que Pablo intenta demostrar en su carta a los hermanos en Roma es que el rechazo de Israel no es absoluto ni total. Él deja claro que aunque Dios parece haber abandonado o rechazado a su pueblo, siempre ha habido y siempre habrá un remanente elegido por gracia para

salvación (**Romanos 11:5**). El evangelio, en otras palabras, tiene un efecto dual sobre los israelitas: algunos han sido salvos a través de Cristo, mientras que otros han sido endurecidos hasta que llegue su segunda oportunidad (**Romanos 11:7**).

La falta de fe de los israelitas para reconocer a Cristo ha sido utilizada por Dios para llevar la salvación a los gentiles. Sin embargo, la salvación de los gentiles, a su vez, está siendo usada por Dios para provocar celos en los judíos y para traerlos de vuelta a Él. Y así sucederá con muchos de ellos.

“Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbezcas, sino teme”.

Romanos 11:16 al 20

Debemos comprender que cualquier pensamiento sobre un futuro separado, una clase de salvación distinta o un organismo espiritual diferente, tanto para judíos como para gentiles, queda excluido. El Nuevo Pacto encuentra su

expresión en el Nuevo Hombre y no hay nada fuera de Él. En la segunda venida del Señor, todos seremos incluidos en Su gloria.

Reitero: “La caída de Israel ha llevado a la salvación de los gentiles, y la salvación de los gentiles está provocando celos entre los judíos para que también sean salvos”. Esta interdependencia entre la salvación de los gentiles y de los judíos es el misterio al que Pablo se refiere en **Romanos 11:25**. La Iglesia debe posicionarse con humildad y, si verdaderamente amamos a Israel como decimos, debemos dar testimonio del privilegio que significa vivir en la plenitud de Cristo.

No vamos a influir en la temperatura espiritual de Israel ni de ninguna otra nación si no vivimos el evangelio del Reino con toda pasión. No provocaremos celos a nadie, y mucho menos a los judíos, con demostraciones religiosas, ya que ellos son mucho más religiosos, dedicados a las liturgias y al estudio de las Escrituras.

Lo que ellos no tienen y nosotros sí, es la vida de Cristo, la Palabra viva, la expresión del Espíritu Santo y la manifestación de Su poder. Eso es lo que la Iglesia debe mostrar al mundo y al pueblo judío. No una posición religiosa y fría.

“Y estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida,

y del fin del siglo? Respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe...”

Mateo 24:3 y 4

Como mencioné anteriormente, una de las enseñanzas más trascendentales sobre los signos de los tiempos finales es la que Jesús desarrolló en el llamado discurso del monte de los Olivos. Sin embargo, es una enseñanza muy difícil de interpretar, por lo cual ha sido siempre tan controversial entre los teólogos. Esto se debe a que la pregunta de los discípulos no fue una sola, y la respuesta de Jesús tampoco lo fue.

En primer lugar, cuando los discípulos le señalaron a Jesús los edificios del templo, Él respondió: ***“De cierto os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derribada”*** (Mateo 24:2). Más tarde, cuando Jesús se sentó en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron y le preguntaron: ***“¿Cuándo sucederán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida y del fin del siglo?”***. Es importante notar que estaban haciendo referencia a la destrucción del templo que Jesús acababa de predecir, así como a su venida y al fin del mundo.

Al estudiar la respuesta de Jesús, encontramos que hay aspectos de estos dos temas que están entrelazados. Algunos conceptos tienen que ver con la invasión de Jerusalén y la destrucción del templo, mientras que otros están relacionados con el fin del mundo. De hecho, algunos conceptos son difíciles de clasificar en cuanto a si Jesús estaba hablando de una cosa u otra en determinado momento.

“Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán”.

Mateo 24:9 y 10

Este pasaje podríamos utilizarlo para los tiempos previos a la segunda venida del Señor, pero si tenemos en cuenta que el contexto inmediato de esta expresión, en el cual Jesús predice que el evangelio del Reino será predicado por todo el mundo y luego vendrá el fin (**Mateo 24:14**), es obvio, al menos por una cuestión cronológica, que la tribulación a la cual se estaba refiriendo en este caso no está limitada al período inmediatamente anterior a Su segunda venida. No es necesario forzar el texto para encontrar un pretexto que justifique lo contrario, sobre todo porque Jesús mismo lo aclara a continuación.

“Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; más por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados”.

Mateo 24:21 y 22

Aquí sí, Jesús habla de la tribulación final que le espera a Su pueblo, una tribulación de la cual los sufrimientos que acompañarían la destrucción de Jerusalén serían solamente un anticipo. Aunque algunos eruditos consideren que el marco de estas palabras tienen un característico sabor judío

al mencionarles Jesús el día de reposo (**Mateo 23:20**), el concepto de que habrá una gran tribulación, la cual no ha habido desde el principio del mundo, ni la habrá, indica que Jesús estaba prediciendo un suceso que sobrepasará cualquier tribulación similar que la haya precedido este hecho, y eso, sin dudas, va más allá de Israel.

“Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados. Entonces, si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo, o mirad, allí está, no lo creáis. Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos”.

Mateo 24:22 al 24

En otras palabras, Jesús está aquí, mirando más allá de la tribulación que les espera a los judíos en el tiempo de la destrucción de Jerusalén en el año 70, a manos del futuro emperador Tito. Esto no ocurrió en medio de días acortados ni estuvo relacionado con la salvación. Tampoco hubo engaños respecto de Cristo, ni señales o prodigios mentirosos, ni afectó a sus escogidos, haciendo clara referencia a la regeneración que llegaría a través del Nuevo Pacto (**1 Corintios 1:27**).

Esta tribulación a la que Jesús hace referencia está relacionada sin dudas con los tiempos finales antes de su segunda venida. De hecho, Jesús aclaró que inmediatamente después de esa tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no

dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y todas las tribus de la tierra lamentarán y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria (**Mateo 24:29 y 30**).

No hay duda de que debido a la continua oposición del mundo, cuyo sistema es impulsado por las tinieblas, el Reino de Dios siempre ha sufrido violencia constante, y esto aumentará exponencialmente. Los cristianos debemos esperar sufrir persecuciones, adversidades y tribulaciones durante toda esta era del Nuevo Pacto, que está marcada entre la primera y la segunda venida del Señor.

Sin embargo, tomando como punto de partida las palabras de Jesús en **Mateo 24:21 al 30**, debemos asumir que también habrá una tribulación final y culminante inmediatamente antes del regreso de Cristo. Esta tribulación no será básicamente diferente de las tribulaciones anteriores que el pueblo de Dios ha tenido que sufrir, pero se producirá de manera perversa y despiadada.

Tampoco hay ninguna indicación en las palabras de Jesús que permita pensar que la gran tribulación que Él predice se limitará a los judíos, y que los cristianos, a diferencia de ellos, no tendrán que pasar por ella. Entiendo que es más fácil asumir un mensaje semejante, pero no creo que sea lo que debemos enseñar. La Iglesia del primer siglo nunca predicó ni esperó un rapto secreto.

De hecho, el apóstol Pablo menciona la trompeta y el arrebatamiento en la misma venida del Señor. Incluso consideró la posibilidad de que esto pudiera ocurrir mientras él estuviera presente: ***“Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras”*** (1 Tesalonicenses 4:16 al 18).

El arrebatamiento del que habla Pablo no tiene nada que ver con el supuesto rapto secreto que muchos enseñan. De hecho, la teoría del rapto antes de la segunda venida del Señor comenzó a enseñarse a partir del año 1830, difundida de manera masiva a través de estudios contenidos en la Biblia de estudio “Scofield”, pero no fue una doctrina predicada por los apóstoles ni por la Iglesia de los primeros siglos.

Los hijos de Dios no estamos exentos de tiempos de angustia, aflicción, opresión e intensa persecución. Sin embargo, hay quienes pretenden eximir a los santos de los últimos tiempos de pasar por la llamada tribulación final, y el versículo que utilizan como referente absoluto es el siguiente: ***“Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”*** (Apocalipsis 3:10).

Amados hermanos, que Dios nos guarde de la prueba no implica que debemos ser sacados de la tierra. Noé fue librado del diluvio, pero permaneció sobre las aguas. Los hebreos fueron librados de las plagas de Egipto, pero estuvieron encerrados en sus casas, en el poblado llamado Gosén, dentro del mismo territorio egipcio. No hay precedentes, y nada dice la Biblia respecto a que Dios llevará a su Iglesia sobre las nubes hasta que pase la tribulación. Creo que debemos prepararnos para las adversidades que se avecinan. No tengo dudas de que Dios nos guardará, pero eso no implica que no padeceremos duras aflicciones.

Jesús mismo fue guardado por el Padre, quien lo preservó para una gloriosa eternidad, pero eso no evitó que fuera enviado a la cruz. De hecho, debemos recordar que Jesús le pidió al Padre que, si era posible, pasara de Él esa copa de aflicción (**Mateo 26:39**); sin embargo, era necesario que así aconteciera.

Por otra parte, algunos sugieren que los creyentes estamos destinados a la tribulación (**1 Tesalonicenses 3:3**), pero no estamos destinados a la ira (**1 Tesalonicenses 5:9**). La “ira” se refiere al tiempo en que el Señor se mostrará como el Sol de Justicia, derramando Su juicio sobre la tierra. Personalmente, no tengo dudas de que seremos preservados de ambas cosas, pero no enseño que lo haremos tocando el arpa sobre una nube.

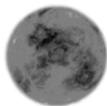
Esta es mi carga y mi pesar: que la Iglesia de esta generación comprenda la necesidad de prepararse para

enfrentar todo lo que venga sobre el mundo. Dios nos guardará, no hay dudas de eso, pero nosotros debemos glorificarlo tanto con nuestra fe como con nuestra pasión. Recordemos que el Señor guardó a la Iglesia de los primeros siglos, pero no evitó que murieran muchos hermanos. De hecho, esas muertes fueron y siguen siendo una clara alabanza para Su bendita gloria.

Un pastor amigo me preguntó: “¿Y si estás equivocado y realmente hay un rapto secreto?” Entonces sonreí feliz, diciéndole que me gozaría mucho de saber que estaremos sobre una nube. Porque si nos preparamos para lo peor y nos viene lo mejor, no seremos dejados atrás. Pero si pensamos en irnos y no nos preparamos para difíciles tiempos de adversidad, ¿cómo los enfrentaríamos? Jesús mismo preguntó:

***“Pero cuando venga el Hijo del Hombre.
¿Hallará fe en la tierra?”***

Lucas 18:8



Capítulo siete

LA APOSTASÍA Y EL ANTICRISTO

“Pero el Espíritu dice claramente que, en los últimos tiempos, algunos se apartarán de la fe para seguir a espíritus engañosos y enseñanzas que vienen de los demonios”.

1 Timoteo 4:1 DHH

Otro signo de los tiempos finales es la apostasía de muchos hermanos. La palabra apostasía viene del griego antiguo *“apo”*, que significa “fuera de”, y *“stasis”*, que significa “colocarse”, es decir, que implica la negación, la renuncia o la salida de la fe que se profesa.

Bíblicamente, debemos notar que las advertencias sobre posibles apostasías en la Iglesia fueron ejemplificadas por experiencias vividas por la nación de Israel. Ya durante el peregrinaje por el desierto, hubo una apostasía en tal escala que toda una generación de israelitas murió sin que les fuera permitido entrar en la tierra prometida. Durante el tiempo de

los Jueces, las apostasías fueron constantes y perturbadoras. La paz de la nación fue interrumpida una y otra vez por los extranjeros, quienes encontraban derecho legal en las rebeliones de los judíos para atacarlos y producirles toda clase de mal. El Señor llamaba al arrepentimiento una y otra vez, y cuando lo hacían, les levantaba un juez para restaurarles la paz, pero sinceramente es sorprendente la rebeldía espiritual con la que actuaron esas generaciones.

Luego de los gobiernos de Saúl, David y Salomón, tenemos los procesos vividos por el reino dividido entre las diez tribus del Norte, llamadas Israel, y las dos tribus del sur, mencionadas como Judá. Según encontramos en los libros históricos y proféticos, las reiteradas rebeliones y las permanentes apostasías terminaron llevando a la deportación de ambos reinos, enfrentándose a tiempos de tremendo dolor.

Sin embargo, en el Nuevo Testamento encontramos predicciones que nos hablan de una apostasía continuada o recurrente de la verdadera adoración a Dios durante la historia de la iglesia. Por supuesto, también tenemos la mención de una apostasía final que precederá a la segunda venida de Cristo. En el discurso del monte de los Olivos, Jesús dijo lo siguiente: ***“Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán. Y muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará”*** (Mateo 24:10 al 12). Y luego añadió: ***“Se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán***

grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuera posible, aun a los escogidos” (Mateo 24:24).

Como hemos visto, Jesús habla en este discurso tanto de la invasión a Jerusalén y la destrucción del templo como de la etapa del fin de los tiempos, y podemos notar que así como anunció una tribulación para Israel, también anunció una tribulación para la Iglesia en el final de los tiempos, y así como anunció una apostasía para Israel, también anunció un crecimiento de la apostasía para la Iglesia de los últimos tiempos.

Ahora bien, el crecimiento de la apostasía en los tiempos finales no implica la ausencia de la misma durante la historia de la Iglesia. Aun desde el primer siglo, vemos la operación de las tinieblas (**1 Juan 4:3**). Los escritos apostólicos nos aclaran que la apostasía no se limita al fin de los tiempos. El escritor de la carta a los Hebreos habla de gente que en esa época estaba cayendo en apostasía (**Hebreos 6:6**) o que, al menos, estaba menospreciando al Hijo de Dios (**Hebreos 10:29**).

Por su parte, el apóstol Pedro describe a aquellos que, después de haber escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento de Cristo, se enredaron otra vez en ellas y fueron vencidos (**2 Pedro 2:20**), y advierte sobre la apostasía de los últimos tiempos diciendo: *“Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe...”* (**1 Timoteo 4:1**).

Nuevamente, en la segunda carta a su discípulo Timoteo le advierte sobre la misma situación: ***“También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a estos evita”*** (2 Timoteo 3:1 al 5).

Estas advertencias son una constante en los escritos del Nuevo Testamento; de hecho, hay más de veinte expresiones tales como ***“los días postreros”***, y son utilizadas comúnmente para describir diferentes etapas que abarcan el desarrollo de la Iglesia. Sin embargo, también tenemos advertencias, directamente dirigidas a los tiempos previos a la venida del Señor.

“Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta, como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición...”

2 Tesalonicenses 2:1al 3

Parece evidente que los tesalonicenses tenían la opinión de que el día del Señor estaba a punto de llegar. En consecuencia, muchos de ellos vivían desordenadamente y se negaban a trabajar en cualquier cosa (**2 Tesalonicenses 3:11**). Pablo, por esta razón, los exhorta y corrige, enseñándoles que ciertos eventos debían ocurrir antes del regreso de Cristo, y que estos eventos eran peligrosos, como la gran apostasía y la manifestación del hombre de pecado.

Esta apostasía a la que Pablo se refiere será una intensificación de las rebeliones que surgen dentro de la Iglesia. Es evidente que algunos cristianos, o aquellos que pretenden practicar la fe en Cristo, apostatarán siguiendo falsas enseñanzas. Debemos reconocer que esto siempre ha ocurrido en algunas iglesias, pero creo que la globalización y la apertura de los medios como internet, que permiten a todos los cristianos acceder a cualquier enseñanza, ya sea de verdaderos ministros o no, están causando grandes confusiones.

Con esto, no estoy sugiriendo que debamos impedir que los hermanos tengan acceso a diferentes enseñanzas. Eso sería muy absurdo y peligroso; la falta de libertad no fomenta la sabiduría espiritual. Lo que debemos hacer es asumir la responsabilidad de enseñar lo correcto, procurando promover una madurez sana en los hermanos para que puedan discernir lo que proviene de Dios y lo que no.

Hoy veo a muchos hermanos que reconocen a Cristo y dicen respetar las Escrituras, pero se niegan a congregarse

para no vivir bajo autoridad, lo cual forma parte de la apostasía. Entiendo que algunos han experimentado injusticias que los han llevado a dudar de sus líderes y están desilusionados, pero eso no debería ser motivo para intentar vivir el evangelio fuera de la comunión con el cuerpo de Cristo.

Hoy en día también veo a muchos líderes que utilizan la manipulación y la amenaza para controlar y sacar provecho de su gente. Eso es hechicería espiritual y también es apostasía, porque aparta del gobierno central de la Iglesia al Espíritu Santo, quien debe dirigir todas las acciones y los diseños de la Iglesia.

Algunos líderes dicen ser apóstoles pero no cumplen con esas funciones de manera legítima. Son religiosos y obedecen estructuras institucionales, a veces disfrazadas con nuevos nombres, pero son más de lo mismo. En realidad, crean estructuras ministeriales que alimentan para su propio crecimiento, mientras que el trabajo y la inversión de las personas están dirigidos a esos intereses y no a la verdadera expansión del Reino.

Algunos maestros enseñan fuera de los lineamientos fundamentales que claramente establece la Biblia. Utilizan sus dones y talentos para brillar y provocar fascinación en su gente, a tal punto que terminan siendo idolatrados y honrados como si fueran estrellas de rock. Eso también es apostasía.

Algunos predicadores proclaman mitos en lugar de hechos, se basan en tradiciones judías en vez de en las Escrituras. Algunos prefieren la filosofía existencialista sobre la teología cristiana, la psicología más que la verdadera unción, el humanismo en lugar de la verdad del evangelio; y todo esto también es apostasía.

Hay ministerios que usan el carisma de sus líderes para promocionarse, emplean métodos de crecimiento piramidal y no permiten que el Espíritu Santo opere en la evangelización. Muchos centran su enfoque en los mega-templos que han construido y se presentan como superiores a otras congregaciones. Aunque afirmen ser humildes, se enorgullecen de sus presuntos logros. Esto también está muy mal y lleva a la gente a la apostasía.

Hay falsos ministros o hermanos en posiciones ministeriales que Dios no estableció, obras que Dios nunca inauguró, falsas unciones, falsos dones, falsos milagros, falsas enseñanzas y líderes que abusan de sus hermanos de diversas maneras. Muchos convierten el evangelio en un gran negocio, y todo esto también es apostasía.

Sin embargo, ¿quién puede decir cómo y cuándo será la apostasía final? Creo que el mal que vemos hoy se expandirá gradualmente, y ahí radica su gran peligro. Los cambios progresivos se van aceptando poco a poco, los hermanos se acostumbran a ver y escuchar cosas diferentes, y cuando menos lo esperen, muchos habrán asimilado

enseñanzas erróneas sin darse cuenta de lo malas que son o lo alejadas de la verdad que están.

La gran apostasía final puede venir muy pronto o quizás esté aún a muchos años de distancia, y podría irrumpir en el escenario de la Iglesia como una avalancha de maldad; simplemente no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que debemos estar siempre preparados, orando por la gracia para poder mantenernos firmes en la fe y operando con verdadero celo y discernimiento espiritual.

Recordemos que la señal de la apostasía está vinculada con la inminente aparición del hombre de pecado. Pablo escribió: ***“Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición”*** (2 Tesalonicenses 2:3). También podemos interpretar sin equivocarnos que la apostasía ya está en marcha y que podría intensificarse considerablemente con la aparición del hombre de pecado.

“En cuanto a ese malvado, vendrá con la ayuda de Satanás; llegará con mucho poder, y con señales y milagros falsos. Y usará toda clase de maldad para engañar a los que van a la condenación...”

2 Tesalonicenses 9 y 10 VP

Justamente, la aparición del anticristo es otra de las claras señales que deben acontecer antes de la segunda venida del Señor. Al igual que con las señales mencionadas

anteriormente, este anticristo tiene sus antecedentes en el Antiguo Testamento.

La mayor parte de estos antecedentes se encuentran en el libro de Daniel. Por ejemplo, del pequeño cuerno que aparece en el sueño de las cuatro bestias de Daniel se dice: ***“Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley...”*** (Daniel 7:25).

Aunque hubo un cumplimiento de esta predicción en los hechos de Antíoco Epífanes, el rey sirio que oprimió a los judíos y abolió sus leyes en el año 168 a.C., muchos intérpretes ven en estas palabras una descripción anticipada del anticristo del que habla el Nuevo Testamento. Esta dinámica de la Biblia no es extraña, ya que en el caso de Satanás ocurre lo mismo cuando lo encontramos personificado en la figura del rey de Tiro (**Ezequiel 28:11 al 19**).

Creo que la descripción que hace Pablo del hombre de pecado en su carta a los Tesalonicenses es un retrato del anticristo, tal como piensan la mayoría de los exegetas. Coincido en que hay muchos puntos de semejanza entre este hombre y la figura descrita en **Daniel 7:25**. Ambos personajes hablan palabras en contra del Altísimo y ambos tratan de perseguir y quebrantar a los santos del Altísimo.

“El rey hará lo que mejor le parezca. Se exaltará a sí mismo, se creará superior a todos los dioses, y dirá cosas del Dios de dioses que nadie antes se atrevió a decir. Su éxito durará mientras la ira de Dios no llegue a su colmo, aunque lo que ha de suceder, sucederá”

Daniel 11:36, NVI

Una vez más, este rey mencionado aparentemente es Antíoco Epífanes, pero todos coinciden en señalar que Daniel proféticamente estaba hablando del anticristo. Incluso hay dos pasajes más en el libro de Daniel que hablan de una ***“abominación desoladora”***, y uno de ellos también se desarrolla en la descripción de Antíoco Epífanes: ***“Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora”*** (Daniel 11:31).

El otro pasaje en el que Daniel menciona la abominación desoladora es el siguiente: ***“Y desde el tiempo que sea quitado el continuo sacrificio hasta la abominación desoladora, habrá mil doscientos noventa días”*** (Daniel 12:11). Esta abominación, de la que se habla en estos pasajes, es entendida por la mayoría de los intérpretes como una referencia a la profanación ocurrida en el templo de Jerusalén.

Antíoco Epífanes profanó el templo cuando lo consagró al dios griego Zeus. En ese momento, quitó el sacrificio continuo, sustituyendo los sacrificios judíos por los sacrificios paganos, incluyendo en estos sacrificios la

matanza de cerdos, animales considerados inmundos por los judíos, y que, bajo ningún punto de vista, se podían ofrecer como sacrificios al Señor.

Ahora notemos que Jesús se refirió a estos pasajes de Daniel en su enseñanza dada en el monte de los Olivos: ***“Por tanto, cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes”*** (Mateo 24:15 y 16). Cuando Jesús dijo estas palabras, la profanación del templo por Antíoco Epifanes ya había sucedido, incluso antes de Su nacimiento.

Sin embargo, Jesús dijo: ***“Cuando vean esto, huyan a las montañas”***. Obviamente, Él estaba refiriéndose a un segundo cumplimiento de la profecía respecto al sacrilegio desolador, aparte del cumplimiento que ya se había efectuado. Ahora bien, creemos que este segundo cumplimiento, al que Jesús se refería, es el que tuvo lugar en el tiempo de la invasión de Jerusalén en el año 70 d.C., a manos del futuro emperador romano Tito.

Pero como analizamos en el capítulo anterior, Jesús, en esta enseñanza dada a sus discípulos, se refiere a dos cosas: a la inminente invasión de Jerusalén y a la destrucción del templo, así como también al final de los tiempos o las señales que acontecerían antes de Su segunda venida. De allí que podemos esperar que habrá un tercer gran cumplimiento de la predicción sobre la abominación desoladora que aparece en la profecía de Daniel.

Esto es claramente respaldado por los escritos de Pablo, que menciona el final de los tiempos e incluye la aparición del anticristo, quien, ***“se levantará contra todo lo que se llama dios o es objeto de culto, tanto que se sienta en el templo de Dios, como Dios, haciéndose pasar por Dios”*** (2 Tesalonicenses 2:4). Podemos concluir entonces que habrá una abominación desoladora final, al igual que hubo en los tiempos de Antíoco Epífanes y del emperador Tito, las cuales fueron tipos del anticristo, quien nacerá en carne para la manifestación de esta tercera.

En mi libro titulado “El espíritu del anticristo”, enseñé que el gran error de la Iglesia ha sido tratar de identificar a la persona del anticristo, en lugar de comprender que la Biblia primeramente menciona a un espíritu, que obviamente ha tenido diferentes manifestaciones, incluso desde los primeros tiempos de la Iglesia, y que llegado el día, se manifestará en carne para engañar a muchos (1 Juan 2:18). Yo considero que lo que debemos hacer, en primer lugar, es identificar al espíritu, para que al momento de su manifestación física, podamos señalarlo claramente.

“Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición”

2 Tesalonicenses 2:3

Cito nuevamente este pasaje porque deseo no dejar ninguna duda respecto de que el anticristo encarnará, y que ciertamente se manifestará en un hombre, llamado el hombre

de pecado. La Iglesia, en el transcurso de la historia, ha mencionado a muchos personajes nefastos de la política o de la religión, considerándolos como el anticristo. Sin embargo, no debemos operar bajo un espíritu de sospecha, porque dejamos de ser creíbles; debemos operar en el discernimiento y la clara dirección del Espíritu Santo.

Jesús advirtió que habría muchos intentos de engañar a los cristianos; que se manifestarían falsos cristos, falsos ministros, falsos profetas, y que harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos (**Mateo 24:23 y 24**). Pablo mencionó que una de las características del anticristo serían las señales de gran poder y prodigios mentirosos (**2 Tesalonicenses 2:9**).

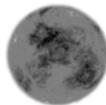
En la historia, han aparecido muchos personajes diciendo que son los ungidos de Dios, personajes que han evidenciado poder a través de ciertas señales o milagros. No debemos apresurarnos a nada. Somos hijos de la luz; no debemos caer en repetir opiniones ni juzgar livianamente a nadie. Antes bien, debemos orar y pedir la guía de Dios.

De todas maneras, el hombre de pecado será totalmente derrocado por Cristo en su Segunda Venida: ***“Y entonces se manifestará aquel inicuo a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida”*** (**2 Tesalonicenses 2:8**). En otras palabras, aunque la aparición del hombre de pecado traerá sufrimiento indescriptible para la Iglesia, no debemos tener nada que temer, ya que Cristo lo aplastará. Por eso el ánimo

predominante en el pensamiento de la Iglesia respecto al anticristo no debe ser de temor, sino de fe por la victoria que celebraremos.

“Pues nosotros, por medio del Espíritu, esperamos por la fe la esperanza de justicia”.

Gálatas 5:5



Capítulo ocho

LAS BUENAS NUEVAS Y EL DÍA DEL SEÑOR

“Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis, porque es necesario que todo esto acontezca; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres y terremotos en diferentes lugares. Y todo esto será principio de dolores”

Mateo 24:6 al 8

También encontramos estas señales de los tiempos mencionadas en el discurso de Jesús, señales de guerra que todos verán y que ciertamente causarán gran sufrimiento sobre toda la humanidad. Debemos estar claros en esto, porque se encuentran afirmaciones similares en los pasajes paralelos de **Marcos 13:7 y 8** y de **Lucas 21:9 al 11**.

Las guerras han sido una constante en toda la historia de la humanidad; así que, incluso en la Biblia, encontramos la historia de muchísimas batallas. Los seres humanos

tenemos toda la tierra, y el Señor nos invitó a ocuparla totalmente; sin embargo, la lucha por territorios o por la obtención de poder de unos contra otros ha generado infinidad de guerras y millones de víctimas a través de la historia.

Declaraciones como: “*Se levantará nación contra nación, y reino contra reino*” (Isaías 19:2), no son algo inherente solo a los tiempos del fin. Durante toda la historia de la humanidad hemos tenido guerras en el mundo. De hecho, hoy en día, permanecen abiertos en todo el planeta más de treinta conflictos bélicos por año.

A los terremotos también se los menciona en la Biblia, generalmente como consecuencia de la intervención de Dios en la historia o derramando algunos de sus juicios. Pasajes en los que se expresan estas situaciones, como **Jueces 5:4 y 5; Salmos 18:7 y 68:8; Isaías 24:19; 29:6; o 64:1**, son claros ejemplos de esto. Sin embargo, nadie puede negar que en los últimos años estos fenómenos se han multiplicado exponencialmente.

La Tierra es un lugar activo, y los terremotos siempre están sucediendo en alguna parte, pero el Centro Nacional de Información de Terremotos informó haber localizado, en los últimos tiempos, un promedio anual de entre doce mil y catorce mil terremotos. El aumento de los fenómenos climáticos hoy en día verdaderamente asusta, y sabemos que esto se pondrá peor.

El hambre es otro de los flagelos que increíblemente ha perseguido a la humanidad durante toda la historia. No porque la tierra no sea capaz de proveer recursos, sino que la mala administración humana y las mismas tinieblas que operan en el mundo están impidiendo que podamos acceder a la abundancia.

Bíblicamente, encontramos historias de hambrunas tremendas tanto en la época de los patriarcas como en las diferentes etapas de la historia de Israel. De hecho, cuando Samaria fue sitiada, hubo tanta hambre que una cabeza de asno llegó a costar ochenta monedas de plata, y un cuarto de litro de estiércol de paloma, cinco monedas de plata (**2 Reyes 6:25**).

Incluso, dos mujeres interceptaron al rey para contarle que se habían comido al hijo de una de ellas y que, después de eso, la otra se estaba negando a entregar a su hijo para que también pudieran comerlo. Al oír eso, el rey rasgó sus vestidos, y el pueblo pudo ver el cilicio que traía interiormente sobre su cuerpo (**2 Reyes 6:29 y 30**).

Hoy en día, según un informe elaborado por la Red de Información sobre Seguridad Alimentaria, el número de personas que necesitan ayuda urgente en materia de alimentos, nutrición y medios de subsistencia viene aumentando cada año. Se estima que casi ochocientos millones de personas en el mundo están padeciendo hambre y que de estos, casi trescientos millones padecen hambre

aguda. De hecho, dicen que hay habitantes de siete países que están al borde de la inanición.

Se espera que estas señales mencionadas por Jesús se multipliquen dolorosamente. Esto no significa que la gente a quien le toque sufrir o morir como resultado de estos desastres, como las guerras, los terremotos o el hambre, haya sido singularizada como objeto especial de la ira de Dios.

Sin embargo, no debemos ignorar el crecimiento de estos males, porque son una señal anunciada para los tiempos previos a la venida del Señor. Es verdad que estamos en un tiempo de gracia, pero el aumento del pecado en el mundo es una abominación para Dios, y es inevitable que Su ira constantemente esté siendo revelada desde los cielos contra toda impiedad e injusticia de los hombres (**Romanos 1:18**).

Cuando ocurren guerras, terremotos y hambre, no debemos suponer que el regreso de Cristo será inmediato, porque estas cosas vienen ocurriendo desde siempre, pero sí debe alarmarnos el crecimiento que están teniendo. Debemos velar y orar para que el propósito de Dios pueda ser consumado.

Aunque el plan de Dios para la humanidad eventualmente traerá la paz y la prosperidad para todos los que lo adoren y obedezcan, se requerirá de una intervención sobrenatural y dolorosa para convencer a los humanos de que se arrepientan de sus pecados. Estos actos de Dios son llamados en la Biblia: *“El día del Señor”*.

Antes de que llegue el día del Señor, Dios permitirá que el mundo entero pase por una gran prueba, al dejar que, por un corto período de tiempo, Satanás provoque gran rebelión y destrucción en la tierra. En este tiempo habrá mucha tribulación (**Marcos 13:19; Apocalipsis 3:9 al 11; 12:12**). Satanás causará parte de estos problemas, dando poder y autoridad a líderes políticos y religiosos para que establezcan un gobierno dominante, al cual usará como herramienta para perseguir al pueblo de Dios durante tres años y medio (**Apocalipsis 13**). Este período de tiempo es conocido como la Gran Tribulación y llevará al mundo entero al borde de la autodestrucción (**Mateo 24:21 y 22**).

Luego de la Gran Tribulación y varias señales que Dios usará para llamar la atención de la humanidad (**Mateo 24:29; Joel 2:30 y 31; Apocalipsis 6:12 al 16**), “el día del Señor” comenzará. Entonces, Dios enviará al mundo una serie de castigos con el fin de llevar a las personas rebeldes al arrepentimiento.

El día del Señor también es llamado “*el gran día de su ira*” (**Apocalipsis 6:17**), pues en este período de tiempo Dios mostrará a la humanidad su justa indignación por la corrupción y destrucción que la rebelión en contra de su benéfico camino de vida habrá causado (**Isaías 13:6 al 13**).

El día del Señor comenzará oficialmente cuando el séptimo sello sea abierto (**Apocalipsis 8:1**) y es descrito en casi todo el resto del libro de Apocalipsis, pues incluye las plagas de las siete trompetas y las siete últimas plagas

(Apocalipsis 16). Solamente quienes sean considerados como fieles serán protegidos de estos castigos (**Apocalipsis 7:2 y 3; 9:4; 14:9 y 10**).

La ira de Dios durará poco tiempo, pero será terriblemente dolorosa. El Sol de Justicia brillará con gran intensidad, pero su fuego no calentará para preservación, sino que quemará para purificación. Muchos mirarán con espanto, y muchos otros simplemente querrán morir y no podrán. Los hijos de Dios seremos testigos de todo esto y debemos estar preparados.

El propósito de Dios no es destruir a la humanidad; lo que Él quiere es que las personas se arrepientan de sus pecados y de sus actitudes egoístas, que tanta desdicha han causado desde el principio de la creación (**Joel 2:12 y 13; Apocalipsis 3:19**). Desafortunadamente, aun cuando estén sufriendo los castigos del día del Señor, la mayoría de las personas no se arrepentirán (**Apocalipsis 9:20 y 21; 16:8 y 9**).

Es por eso que Cristo regresará a la tierra con un ejército poderoso para acabar con el reinado de Satanás y con la rebelión que ha provocado en los seres humanos (**Apocalipsis 19:11 al 16; 20:2**). Los ejércitos humanos se reunirán en Armagedón e intentarán oponerse al regreso de Cristo a Jerusalén, pero serán vencidos por completo. Y, finalmente, los pobladores de un mundo humillado se arrepentirán y querrán conocer el camino de Dios, o al menos

sabrán a ciencia cierta que hay un solo Rey de gloria (**Isaías 2:2 al 4**).

Quienes hemos sido alcanzados por la gracia del Señor debemos ser agradecidos y cuidar mucho nuestra comunión con Él. Quienes, por esa gracia, nos hemos dedicado a seguir y servir a Dios como verdaderos discípulos debemos prepararnos para los tremendos sucesos que vendrán sobre el mundo entero, y además, deben advertir acerca de todo esto, no solo a nuestros hermanos, sino a todos aquellos que quieran escucharnos.

Sin embargo, no debemos hacer esto infundiendo miedo, sino esperanza en los hijos de Dios y entregando la buena noticia a todos los inconversos, porque de eso se trata el evangelio. No es que lo que se viene sea bueno, sino que la obra consumada de Cristo es la centralidad de nuestro mensaje, y esa, sin dudas, es una buena noticia.

“Las buenas nuevas del Reino serán proclamadas en todo el mundo, para que todas las naciones las oigan. Y sólo entonces vendrá el fin”.

Mateo 24:14 NBV

Les deseo relatar una breve historia bastante conocida. En realidad, no sé quién es el autor de ella, pero en la simpleza de su relato nos da una gran enseñanza respecto de la predicación de las buenas nuevas del Reino. “Hubo un hombre a quien Dios le ordenó empujar una enorme roca. Él se dispuso a obedecer, pero no lograba siquiera moverla un

milímetro. Aunque al principio lo hizo con gran empeño, muy pronto, y al pasar de los días, si bien lo seguía intentando, comenzó a dudar de sus posibilidades.

En su interior, comenzó a escuchar la voz del enemigo, cuestionando la sensatez de la instrucción que Dios le había dado. ¡Esa piedra es muy grande y pesada para que la muevas...! ¡Qué tonto gastaría su tiempo y sus energías en tratar de hacer lo que es imposible! ¡Habrá un tonto más grande! ¡No puedes, no sigas, desánimate porque has probado que no eres suficientemente bueno, ni fuerte, ni tienes tanta fe...!

Finalmente, el hombre se entristeció y comenzó a inquirirle al Señor: En serio, Dios, ¿por qué me pides algo que es imposible? He pasado meses empujando la gran piedra y no se mueve ni siquiera un poquito. Estoy cansado, entristecido y sin esperanza de que algo vaya a cambiar.

Oyendo las quejas del hombre, el Señor le volvió a hablar: “Hijo mío, ¿por qué te preocupas por aquello que no te corresponde? ¿Por qué te abates escuchando otras voces que no son la mía? Yo te pedí que empujaras la piedra, ahora mírate tus brazos, ¿no son más fuertes que antes? Ahora puedes cargar y aguantar más peso que cuando comenzaste esta tarea. Así mismo, tus piernas tienen más vigor, y ahora estás preparado para estar más tiempo de pie y caminar más aprisa. Cuando te dije que empujaras la piedra, te estaba enseñando a confiar en mí y a trabajar para tu fortaleza.

Nunca te exigí que movieras una roca tan grande, solo que la empujaras, la roca la muevo yo...”

¿Qué es lo que considero fundamental comprender a través de esta historia? Que la salvación viene del Señor (**Salmo 3:8**). Nosotros somos pregoneros, predicadores, comunicadores, voceros, pero no podemos salvar. Esa no es nuestra responsabilidad, porque al evangelio se accede por regeneración de vida.

Lo que debemos hacer es dejarnos guiar por el Espíritu Santo (**Romanos 8:14**), y vivir bajo Su poder (**Hechos 1:8**). Entonces Él nos llevará a orar por los escogidos del Padre, nos llevará a hablar a todos bajo la unción y demostrará Su poder cada vez que lo considere necesario. Nosotros solo debemos presentarnos a Dios cada día como instrumentos útiles en Sus manos, y al concluir cualquier tarea también debemos expresar: **“Siervo inútiles somos” (Lucas 17:10)**.

Él nos ha dado dones, talentos y capacidades que debemos poner a Su servicio. Lo demás no es nuestra asignación; solo Él puede producir convicción de pecado en las personas (**Juan 16:8**). Solo Él puede llegar a los corazones y vivificar a quien Él determine en su soberana potestad.

En estos tiempos tan difíciles que vivimos, necesitamos, más que nunca, caminar en la unción del Espíritu Santo. Debemos guardar una profunda comunión con el Señor y pedir dirección en todo lo que hagamos.

Entonces sí, seremos provistos de todo lo necesario para la consumación de todo propósito (**Mateo 6:33**).

El Sol de Justicia nos permite a nosotros ser alumbrados para entender Su voluntad, y nos conduce como hizo con los hebreos mediante el fuego por la noche en el desierto (**Éxodo 13:22**). El Sol de Justicia nos purifica y nos permite vivir en la plenitud de Cristo, quien es nuestra sabiduría, santificación, justificación y redención (**1 Corintios 1:30**). El Sol de Justicia, para nosotros, es vida, seguridad, calor, luz y bienestar.

Sin embargo, el Sol de Justicia para el mundo será como fuego consumidor. En dos ocasiones, Jesús utilizó la idea del “*fuego eterno*” en relatos relacionados con el juicio a los incrédulos (**Mateo 18:8; Mateo 25:41**). El Señor también hizo llover fuego del cielo para juzgar a Sodoma y Gomorra (**Génesis 19:24**), y así será sobre el mundo. El fuego también cayó como un juicio sobre los egipcios (**Éxodo 9:23 y 24**), y caerá sobre el mundo por causa de tanta maldad (**2 Pedro 3:10**).

El Sol de Justicia saldrá para todo el mundo. Algunos, tal como ocurre hoy en día en lo natural, preferirán la noche porque se sienten mejor. Utilizan la oscuridad para esconderse, pero nadie podrá hacerlo en el día del Señor, porque el Sol de Justicia brillará con tal poder que no quedará sombra donde refugiarse.

Ese día no comenzará con el resplandor del amanecer ni pasará rápidamente, permitiendo que la oscuridad avance nuevamente. El Sol de Justicia brillará con tal poder y plenitud que muchos gritarán desesperadamente para que vuelva una pequeña sombra que los cubra. La vergüenza y el dolor harán que muchos supliquen ante su fuego. Otros taparán sus bocas con espanto porque sabrán que ya se les hizo tarde para arrepentirse.

Al final, todos se darán cuenta de la fragilidad de las tinieblas ante el Sol abrazador del Reino. No hay oscuridad que pueda resistirse o permanecer cuando los rayos del sol avanzan. Imaginemos entonces qué harán los espíritus inmundos cuando vean con espanto al anticristo, al falso profeta y al mismo Satanás.

Imaginemos a los hombres que, sumidos en la ignorancia, han sucumbido a las promesas de un éxito que jamás tendrán. ¿Qué harán aquellos que descubran el error de haber pactado con el mal? ¿Qué harán los que se burlaron de Dios y de Su Palabra? ¿Los que han insultado con sus actitudes a la persona de Jesucristo? ¿Qué harán los soberbios, los egoístas, los orgullosos, los ambiciosos, los codiciosos de poder y de riquezas?

¿Qué harán los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y embusteros, los políticos corruptos y mentirosos, los perversos, los homosexuales, los afeminados, los ladrones, los que creen que es un capricho evangélico el llamarlos al

arrepentimiento? ¿Qué harán cuando descubran que era verdad lo que les decíamos, que no estábamos procurando discriminar ni despreciar a nadie, que solo estábamos predicando la verdad?

Y podríamos preguntarnos algo más: ¿Qué harán ante el Sol de Justicia aquellos hermanos que, habiendo recibido la gracia de la regeneración, no determinaron vivir en obediencia? Como comunicador de esta generación, hace ya varios años que vengo pregonando la necesidad de despertar de toda somnolencia. La Iglesia está como dormida, como anestesiada ante todo lo que está aconteciendo en el mundo.

Siento que Dios habla claramente, pero no hay reacción. Siento que todos escuchan y dicen amén, pero luego no gestionan la fe y el compromiso. Personalmente, todos saben que no estoy de acuerdo con las estructuras de legalismo y religiosidad que vivió la Iglesia hace algunos años. Quienes me conocen, saben que he tratado de ser, o he sido, un generador de cambios para que la Iglesia avance al propósito con libertad, pero insisto que libertad no es libertinaje.

Es duro para mí, después de haber luchado tanto contra las estructuras religiosas, ahora encontrarme luchando con la falta de temor, de compromiso y de entrega. Siento como si estuviéramos viviendo en la época de Moisés. Es decir, los hebreos se quejaron contra la opresión de faraón, pero cuando fueron liberados por el Señor, en lugar de adorarlo sirviéndole con pasión, murmuraron también en Su contra.

Los hebreos se quejaron como esclavos, pero cuando fueron libres, no supieron gestionar la libertad. Hoy hablamos de las estructuras que la Iglesia ha tenido y de cómo fuimos liberados, pero veo que muchos, diciendo no ser religiosos, parecen burlarse del serio compromiso que implica el Reino. Yo no creo en el legalismo, pero creo en la legalidad del Reino, y si estamos esperando al Rey como Sol de Justicia, más vale que tomemos en serio la voluntad de Su Espíritu Santo.

Hoy veo a muchos hermanos viviendo como desean ellos, pero no como quiere Dios. Veo a muchos ministros ocupando lugares que Dios no determinó, tomando decisiones que Dios nunca mandó, torciendo el evangelio para lograr provecho personal. Veo falta de temor, veo irreverencia al crear ministerios y estructuras que Dios nunca diseñó. Veo falta de responsabilidad, falta de compromiso y, tristemente, también veo la falta de unción.

Yo sé que Dios sigue estando en control de todo, y que nada ha ocurrido ni ocurrirá sin que Dios lo permita, pero me pregunto: ¿Qué harán los que han persistido en actuar con liviandad en la Iglesia? ¿Qué harán cuando vean resplandecer al Sol de Justicia? ¿Quién podrá esconderse de Su Luz? ¿Quién podrá escapar de su fuego purificador?

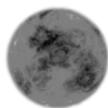
Llevamos más de dos mil años siendo visitados por la Gracia de Dios. Su obra, Su llamado y Su amor no tienen comparación con nada. Y estoy seguro de que Cristo todavía no ha regresado porque la paciencia del Padre y Su deseo de

salvación para los hombres han retrasado Su regreso, a la espera de que sean alcanzados todos los escogidos y que puedan entrar en compromiso todos y cada uno de sus hijos.

El Sol de Justicia está por brillar, y cuando muchos crean que la oscuridad del mundo es impenetrable, será disuelta por Su resplandor. Muchos correrán, pero no podrán huir; muchos gritarán con espanto porque tendrán que asumir su pena. Pero nosotros, los hijos del Dios Altísimo, los renacidos en Cristo, la simiente santa, estaremos esperando gozosos, alegres y llenos de expectativa, porque Su llegada será la consumación de nuestra fe.

“Miren, ya viene el día, ardiente como un horno. Todos los soberbios y todos los malvados serán como paja, y aquel día les prenderá fuego hasta dejarlos sin raíz ni rama dice el Señor Todopoderoso. Pero para ustedes que temen mi nombre, se levantará el sol de justicia trayendo en sus rayos salud. Y ustedes saldrán saltando como becerros recién alimentados. El día que yo actúe ustedes pisotearán a los malvados, y bajo sus pies quedarán hechos polvo dice el Señor Todopoderoso”.

Malaquías 4:1 al 3 NVI



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro

Oswaldo Rebolleda

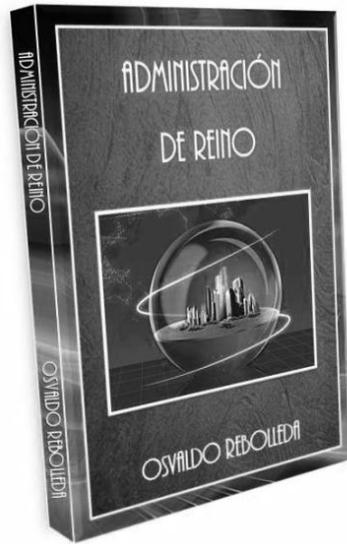
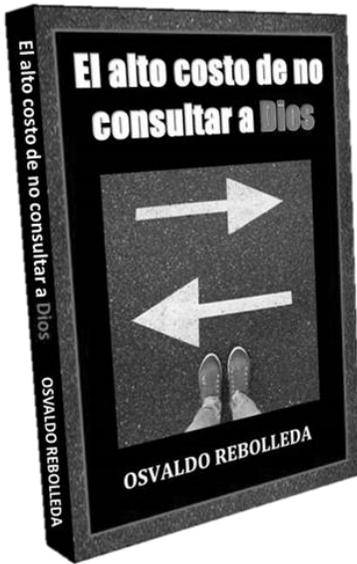


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

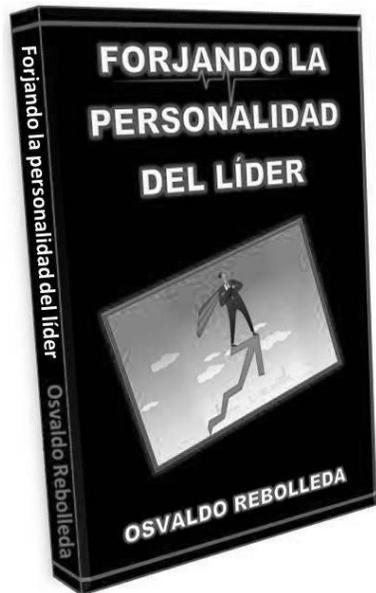
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)
Y ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

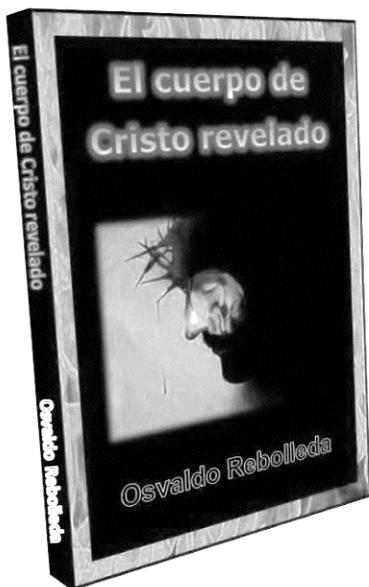
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



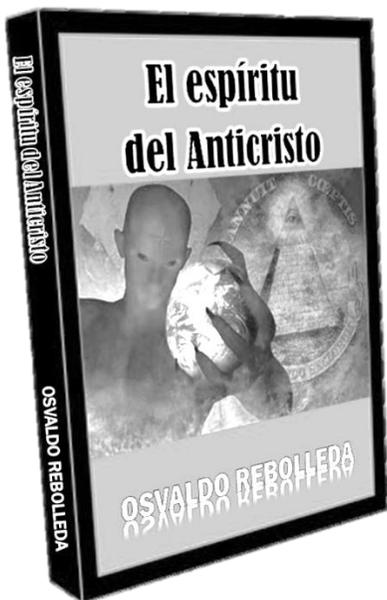
www.osvaldorebolleda.com



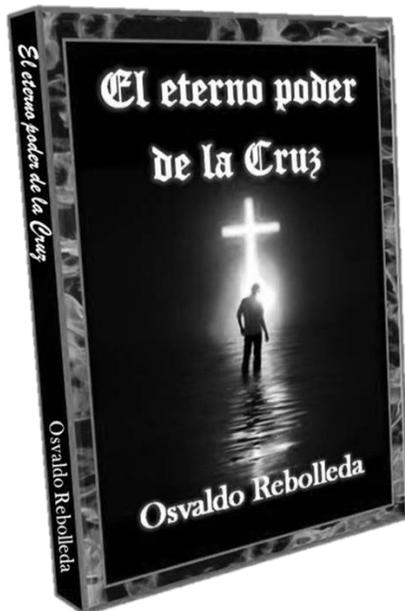
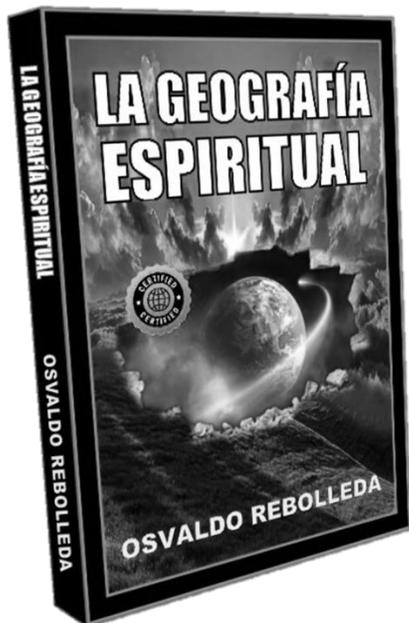


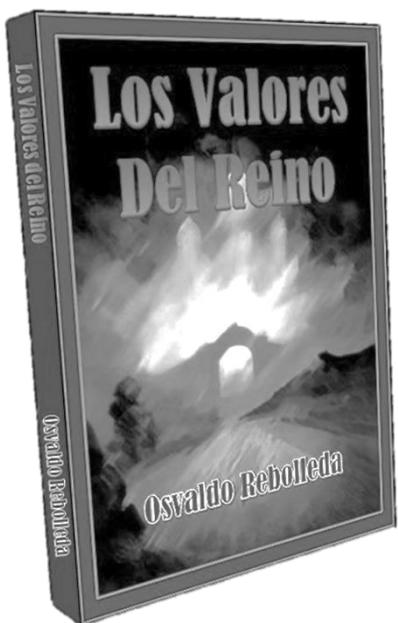
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com

